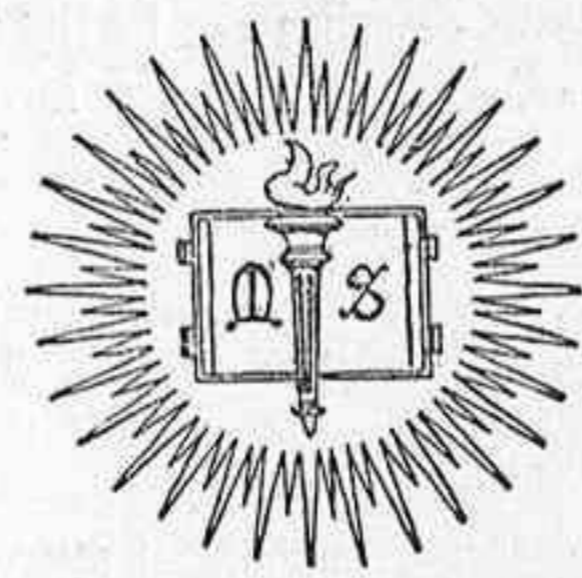


# La Ilustración Artística



AÑO XXXII

BARCELONA 13 DE OCTUBRE DE 1913

Núm. 1.659

PARÍS. — SALÓN DE LA SOCIEDAD DE LOS ARTISTAS FRANCESES. 1913



LA LECCIÓN DE AMOR, cuadro de J. Domergue. (De fotografía de Vizzavona, reproducción autorizada.)

## ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA el cuarto tomo de la serie del presente año, que será el inmortal poema de Luis Camoens

## LOS LUSIADAS

traducido en verso por el maestro Luis Gómez de Tapia. Reproducción de la edición de 1580, esmeradamente corregida, ilustrada con láminas existentes en el Gabinete de Estampas, de París.

## SUMARIO

**Texto.** — *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Exposición Universal de Panamá y el Pacífico*, San Francisco, 1915. — *Madrid. La visita del Presidente de la República Francesa.* — *El alojamiento del Sr. Poincaré y de su séquito en el Palacio Real.* — *Gil de Claircoeur* (novela ilustrada). — *Madrid. El general Liautey y los consejeros municipales de París.* — *Albacete. Los Juegos Florales.* — *Libros enviados a esta Redacción.*

**Grabados.** — *La lección de amor*, cuadro de J. Domergue. — *Exposición Universal de Panamá y el Pacífico*, San Francisco, 1915 (once fotografías). — *Madrid. La visita del Presidente de la República Francesa* (seis fotografías). — *Safo*, cuadro de Augusto Mengin. — *En la Puerta de Oro*, cuadro de Valentín C. Prinsep. — *Madrid. El alojamiento del señor Poincaré y de su séquito en el Palacio Real* (cuatro fotografías). — *Madrid. El general Liautey y los consejeros municipales de París* (cuatro fotografías). — *Albacete. Los Juegos Florales.*

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ya que en una crónica anterior hablé de Campoamor y noté que careció de Beatriz y de Laura, se me ocurre hoy decir algo de otro poeta, que no estuvo en el mismo caso de Campoamor, pues tuvo sus Lauras en la juventud, y en la vejez, y las cantó, a pesar de ser sus versos muy poco subjetivos, y nada semejantes a los de Alfredo de Musset y otros líricos amorosos.

Me refiero a Leconte de Lisle, jefe de la escuela parnasiana, que sucedió al romanticismo y por bastantes años dominó en las letras francesas.

Leconte de Lisle era un criollo de la isla de Borbón, a la cual han cambiado el nombre, no sé si por sectarismo político, llamándola Isla de la Reunión. Esta isla africana, que forma parte del grupo de las Mascareñas, en el Océano Índico, tiene cuanto es necesario para exaltar por la contemplación de la naturaleza a una imaginación juvenil. Borbón es la única isla que les queda a los franceses en las Mascareñas, pero ha dado a la literatura francesa buen contingente con dos poetas criollos: el elegiaco Parny, y Leconte, el Júpiter del Parnaso.

En tales climas, la imaginación recoge, en la primera edad, impresiones imborrables. Leconte residió dos veces en la isla: en la infancia, y después, en la juventud, bastantes años. Sin esta residencia, y a pesar de sus viajes a climas no menos sugestivos que el de la Isla de Borbón, no se explicaría su genio de paisajista ecuatorial, sus descripciones admirables de alimañas fieras, de sus costumbres, cacerías, luchas y salvajes amores.

Durante la segunda estancia de Leconte en la Isla de Borbón es cuando se enamoró profundamente de una encantadora criatura, que describe con rasgos de fuego, en una de sus poesías más celebradas. Titúlase esta poesía *El Manchy*, y es el manchy una especie de lecho de camino, que sirve de vehículo para transportar, a hombros de indios, a las señoras, sobradas perezosas para andar. ¿En qué se conoce que estos versos no son una invención poética; que responden, verdaderamente, a sentimientos, a recuerdos, a un amor desvanecido? No lo sabré decir, pero es seguro que tienen este carácter: la verdad del alma también marca su huella.

El cuadro que traza el poeta palpita de realidad.

«Todas las mañanas de los domingos — dice, en versos que es lástima no poder traducir sino en prosa — bajabas al pueblo, en manchy de bambú, bajo una fresca nube de muselina clara, por las rampas de la colina. Repicaba alegremente la campana de la iglesia; columpiaba las cañas la brisa del mar, y, en la superficie de la sabana, el sol, como granizada de oro, crepitaba ardiente.

»Brazalete en puño, aro en tobillo, y liado a la cabeza el amarillo pañizuelo, dos Telingas porteaban tu lecho de patates de Manila. Doblando su magro y nervudo jarrete, ágiles bajo su blanca túnica, asentado el bambú en los hombros y en jarras los brazos, cantaban, al bordear el estanque. A lo largo de la calzada y de las marismas, donde fumaban los criollos viejos y los negros se agrupaban gozosos, animábanse los porteadores, al son de los güiros de Madagascar.

»En el aire, ligero, flotaba el olor de los tamarindos; y sobre las olas espumosas e iluminadas, a lo lejos, las aves, en inmensos rastros, se hundían en la marítima niebla.

»Y, mientras que tu pie, escapándose de la babucha, colgaba, rosado, al borde del manchy, a la sombra de los negros bosques y del árbol ecuatorial, cuyos frutos son menos purpúreos que tu boca, mientras que una florida mariposa, teñida de escarlata y azul, se posaba por instantes sobre tu delicada piel, dejando en ella un poco de sus colores mágicos, yo veía, al través de la cortina de batista, cómo tus bucles doraban la almohada, y, bajo las cruzadas pestañas, tus bellos ojos de sombría amatista, que se hacían los dormidos.

»Así venías, en las dulces mañanas, de la montaña a la misa mayor, en tu inocente gracia y tu rosa da juventud, al rítmico paso de tus dos indúes...

»Y ahora, en el árida arena de nuestros playazos, infestada de verbajos marinos, al rumor del Océano, descansas entre los muertos que me fueron queridos ¡oh encanto de mis primeros sueños juveniles!»

No vuelve a asomar, en la poesía de Leconte, otra figura de mujer claramente señalada con rasgos que permitan decir «aquí hubo amor» hasta la hora de la vejez... Entonces es cuando aparece la «rosa», o sea la señora que escribe bajo el seudónimo de *Juan Dornis*. Esta señora, a pesar de haberla cantado Leconte, a pesar de haberla incluido Ernesto Tissot entre sus «princesas literarias», no es muy conocida, en España, por lo menos. Nació en Florencia, y su verdadero nombre es Elena Goldschmidt, esposa de Guillermo Beer. Según parece, reunió, o mejor dicho, reúne esta señora, pues creo que no ha muerto, raras cualidades. Hermosa, rica, elegante, es además una escritora de mérito. Entre sus obras figuran estudios notables de crítica, uno de ellos coronado por la Academia Francesa, que si bien no es muy severa para otorgar estos premios, tampoco los da a libros despreciables. Madama Dornis escribió en francés, y no en su lengua natal, y en esto anduvo acertada, porque escribiendo en francés se escribe para todo el mundo. En italiano hizo versos nada más. Se casó en París, muy joven. Su biógrafo nos dice (cosa curiosa) que la brillante posición social y la riqueza de esta señora, más que facilitarle el camino de la gloria, le han sido obstáculo, como se lo fueron a María Bashkirtseff.

La amada de Leconte es pues una intelectual, una cerebral, y desde su primera edad, poetisa. Sus amigas, de la juventud, en vez de hablar de modas y de novios, se reunían para estudiar y para tomar lecciones de latín. Pero Elena hizo un viaje a París, se enamoró y se casó: tenía diecisiete años. No por eso dejó de estudiar activamente, comprendiendo que la adquisición de la cultura es necesaria a quien no quiere hacer mal papel en las letras, si llega a cultivarlas un día. Sin embargo, no renunció a la vida social y alternó con ella las aficiones intelectuales. Abrió su salón a los literatos de altura. Este salón tuvo el sello de otros muchos en París; base académica. Y en este salón fué donde se conocieron ella y Leconte de Lisle. El poeta había cumplido la friolera de setenta y tres navidades.

Esta pasión de última hora de Leconte, debemos suponerla completamente platónica y contemplativa, porque otra cosa, amén de inverosímil, fuera menos poética. Los versos de Leconte dedicados a su amiga, son muy vehementes, pero caben estas vehemencias y aun mayores en lo soñado.

«Tú — le dice — por quien he sentido, en horas sobrado breves, renacer mi juventud y reflorcer mi corazón.»

Y otras veces, rindiendo tributo a su belleza, la ensalza así:

«Es sonrosada y rubia, tiene ojos ensoñadores, en su voz hay encanto, sus labios son como dos flores; y, cuando camina, su paso tiene la gracia de un ala. Me has devuelto la mañana de mis días, y me envuelves aún con tal dulce hechizo que no dejaré de verte hasta la tumba!»

Es de presumir que la guapa señora respondió a esta ilusión del anciano maestro con devoción filial, y que para alegrar un poco su ocaso le ofreció hospitalidad en el castillo de Luciennes o Louveciennes, histórico si los hay, aunque no con heroica historia. Este castillo fué adquirido por Luis XIV, y en él se bailaron minués de corte y se disfrutó de los encantos del campo, de aquel campo de entonces, recortado y pulido. Después murió en él el hijo del duque de Penthièvre, y éste lo ofreció a Luis XV, y éste a Madama Dubarry, que lo embelleció y decoró, empleando para ello los mejores artistas, y convirtiéndolo en un palacio de hadas.

La célebre favorita había ocultado, en diferentes rincones de Luciennes, tesoros fabulosos; todo lo que fué apandando durante los años en que el rey no cesaba de obsequiarla con diamantes, perlas, rubíes, esmeraldas, camafeos, joyas y objetos raros, de incalculable valor. Estas ocultaciones la perdieron. Por

recoger sus riquezas, se atrevió a volver de Inglaterra, donde estaba segura, a París, en los días más trágicos y peligrosos de la Revolución. Fué denunciada, y sus criados se apoderaron de gran parte de aquellas preseas, cuyos escondrijos conocían. El resto lo confiscó la nación, cortando de paso el pescuezo a la Dubarry, y confiscando a Luciennes. Vendióse la finca, y después de pasar por varias manos, vino a ser su dueña la Dornis. Además de tantos recuerdos, Luciennes tiene el de los amores de Andrés Chénier, que esperaba, en un banquito de piedra, a una mujer amada, la Fanny, celebrada en sus versos — *Fanny, l'heureux mortel qui près de toi respire!* — Andrés Chénier, entre los poetas franceses, es el que pudo prestar inspiración a Leconte, el cual cantaba así la residencia donde tantas cosas íntimas habían sucedido:

*Ces beaux arbres, témoins de tant d'amours anciennes, qui fléchissaient, chargés du poids de jours sans fin, respirent, rajeunis, ton arbre divin, oh fleur, vivante fleur, rose de Louveciennes.*

En la magnífica residencia, donde tanto se complacía, vino a sorprender la muerte a Leconte. Y no enteramente a sorprenderle, pues ya le había enviado un aviso, con el desvanecimiento sufrido en una escalera de su morada, en el Luxemburgo, donde era bibliotecario. No dijo nada a nadie, porque proyectaba la excursión a Luciennes, y, ávido de las últimas dichas, no quería que le privasen de ellas bajo pretexto de precaución sanitaria. Y en Luciennes, manos piadosas le llenaron de flores el ataúd.

La señora Dornis, admiradora del poeta, publicó bastantes años más tarde, un libro sobre *Leconte de Lisle íntimo*, y se le censuró cabalmente la falta de intimidad, la sobriedad de detalles personales, y la extensión de los juicios críticos.

Tratándose de Leconte, yo alabo la reserva y delicadeza de la señora Dornis. Porque no era este poeta del número de los que gustan de exhibiciones, sino al contrario, enemigo hasta no más de entregar el corazón para pasto del vulgo. No cupo acierto mayor que tender sobre su vida íntima un velo de pudor sentimental, y salvarle de toda profanación, convirtiéndolo en santuario lo que no debe ser plaza pública.

Y al proceder así, la amiga de Leconte, obedeció también a su especial temperamento.

Conviene decir que la señora Dornis es judía... El pueblo judío posee un fuerte instinto religioso, y la señora Dornis, no desmintiendo su origen, se ha ocupado mucho de religión, sintiendo a ratos el deseo de hacerse cristiana, porque las enseñanzas del Evangelio se le presentaban con seducción irresistible. Hablaron a su alma los encantos del franciscanismo, las profundidades filosóficas de la *Imitación* — pero no con eficacia tal, que la convirtiesen; y no sólo no la convirtieron, sino que de las indicaciones de conversión pasó a sostener muchas y muy anticuadas herejías. En vano se pregunta a sí misma de dónde le vendrá la fe. Habiendo dejado de ser israelita no pudo llegar a católica.

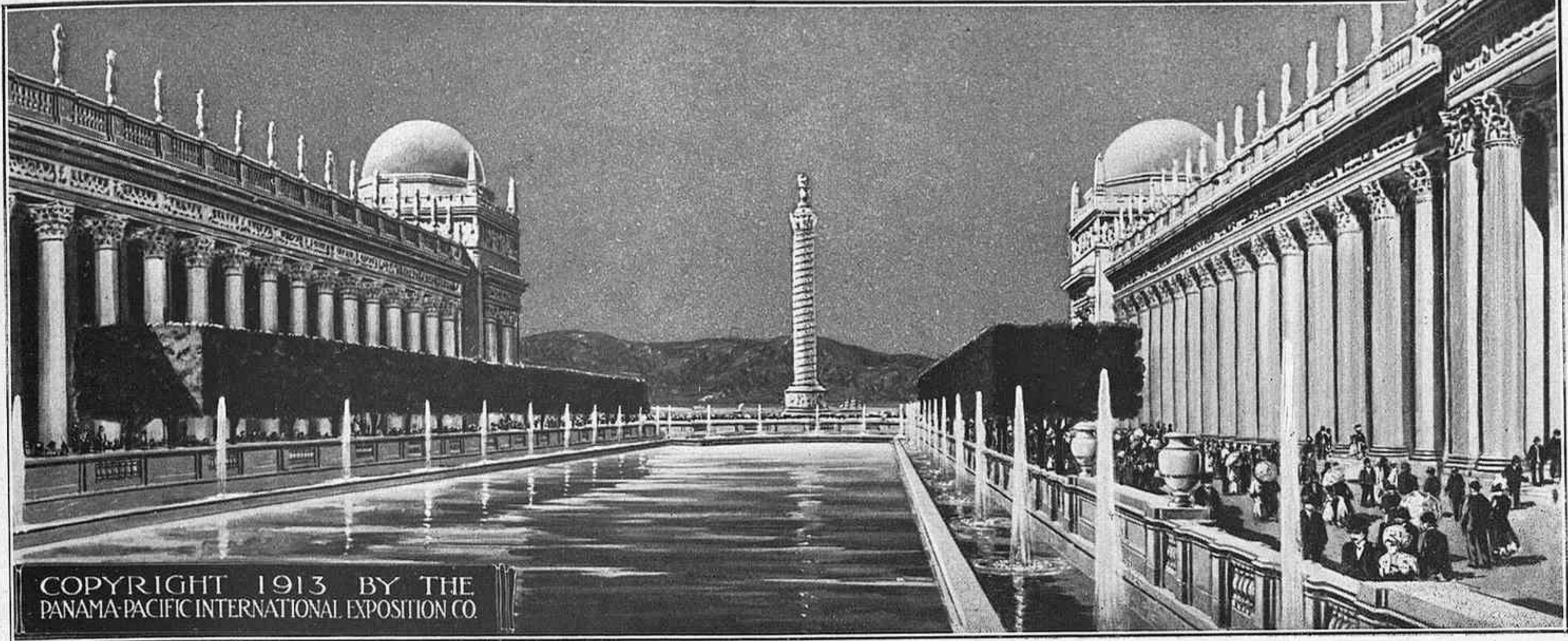
Vino a parar, nos dice Tissot en su bonito libro *Princesas literarias*, en una especie de modernismo protestante, y renovando la antigua barbarie iconoclasta, renegó de las imágenes (qué vandalismo), y estampó cosas tan peregrinas como que Roma no permite al común de los fieles la lectura de los Evangelios, siendo así que hasta en los Devocionarios andan en manos de todos. Y en este modernismo protestante se revela un espíritu inclinado a la abstracción.

Yo prefiero el franco nihilismo de Leconte de Lisle, el cual, por lo que tiene de artista, y de artista excelso, no verá con disgusto las imágenes (aunque no crea en lo que representan) si son hermosas. Y aunque no lo fuesen mucho, las imágenes siempre responderían a una necesidad sentimental, y en efecto, las hay que no podemos sujetar a ningún canon de belleza, y sin embargo ejercen fascinación, por la suma de sentimientos que en ellas se cifran, o por la significación histórica; por la sugestión del recuerdo y de la esperanza, cosas naturales, que en vano intentaría borrar ningún racionalismo, ni modernista, ni de otro género. Leconte de Lisle, aunque jacobino, ha expresado conceptos de este orden en algunos de sus versos.

Para un artista la belleza es siempre sacra, y por ser bella consiguió la señora Dornis (lo doy por cierto, aun cuando no la conozco personalmente) inspirar tan galanos decires a Leconte de Lisle, caduco y achacoso, y de quien se debiera suponer lo que al anciano Demócoco dice Paris el Priamida, en uno de los poemas de Leconte: «La nieve de tu corazón ya no puede derretirse.»

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

# EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PANAMÁ Y EL PACÍFICO SAN FRANCISCO. 1915



Perspectiva tomada desde el Patio del Sol y de las Estrellas. En el centro la gran columna del Éxito

## EL GRAN PATIO DE HONOR

La nota saliente, el alarde arquitectónico más atrevido y artístico de la Exposición Universal de Panamá y el Pacífico, que dominará gigante la hermosa ciudad de los palacios a modo de soberbia atalaya de magnificente belleza, será la torre del edificio de la Administración, de ciento veintidós metros de altura, en cuya cima un grupo de figuras colosales sosteniendo un globo terráqueo de grandes dimensiones simbolizará el carácter verdaderamente mundial de la esplendorosa celebración de la apertura del Canal de Panamá.

Esta torre, que por su elegancia y esbeltez tendrá más bien el carácter de gigantesco y principal monumento, indicará al visitante, que haga su entrada a la Exposición desde la bahía, el emplazamiento del patio central, de la plaza principal de la ciudad nueva, que será el patio de honor llamado Patio del Sol y de las Estrellas, en el que, como se verá por la detallada descripción que ofrecemos hoy a nuestros lectores, se han acumulado tal número de bellezas de todo género, que con toda seguridad puede ya anunciarse que habrá de ser una verdadera maravilla, digna por sí sola de conmemorar el fausto suceso que motiva la celebración de la gran feria mundial. Con los mejoramientos que la arquitectura moderna realiza innegablemente al reproducir o recordar los esplendores de la antigua Roma, el visitante se ha de sentir transportado a aquellos tiempos grandiosos de la soberbia cuna de nuestra actual civilización, experimentando las gratas expansiones que al alma proporciona la contemplación de una arquitectura bella, sobre todo cuando además de ser bella

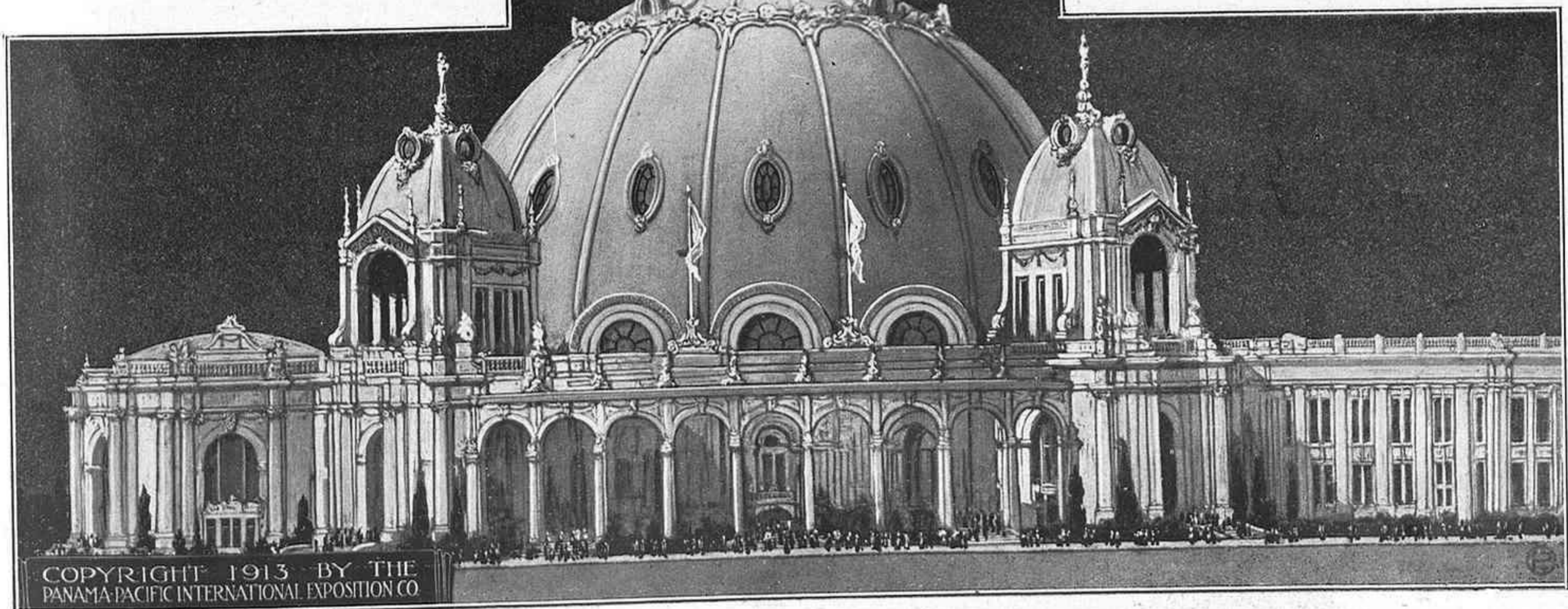
es grande y se presenta profusamente enriquecida con todas las galas de sus artes auxiliares, la estatuaria y la pintura decorativa.

Atravesando el espacioso parterre de noventa metros de anchura, que separa los edificios de la Exposición de la bahía, se hallará en primer término al pie de la columna colosal que simboliza el esfuerzo de la humanidad por el codiciado éxito. Esta columna, de ciento cuarenta y tres metros de altura, es una creación alegórica de la Fortuna. Vese en la base un grupo de figuras ávidas por embarcarse en las naves veleras que van subiendo la espiral que conduce a la cima, en la que se yergue la estatua de un joven gigante con el arco tendido apuntando su flecha hacia el sol.

Siguiendo hacia el patio central, recorrerá el visitante la gran avenida de noventa metros de anchura que le sirve de acceso, a manera de antesala, como una gran calle veneciana, con un amplio estanque adornado de estatuas y plantas acuáticas, y entrará asombrado en la gran plaza de San Pedro de Roma, tal le parecerá por sus dimensiones y por el majestuoso pórtico que lo circunda el soberbio patio del

Sol y de las Estrellas, de trescientos metros de anchura por doscientos cincuenta de fondo, y aparecerá ante su vista, al frente, la fastuosa torre de la Administración, y a ambos lados, dando acceso a los patios del Este y del Oeste, admirará los dos arcos de triunfo, colosales también, cuyas dimensiones superan al de igual nombre existente en París y a los del Foro de la antigua Roma. Estos arcos, por su estatuaria y por sus bajos relieves, simbolizarán respectivamente el Oriente y el Occidente, que es tema del patio del centro, la unión de ambos océanos, con las regiones que bañan, cuyo tráfico directo ha estado separado antes de la rotura del Istmo de Panamá, cuyo canal abre al comercio internacional nuevos horizontes de prosperidad. La arcada de estos dos arcos triunfales tendrá su clave a una altura de treinta metros. El arco triunfal del lado Este estará coronado por un grupo escultórico de guerreros árabes, elefantes, camellos y caballos de grandes proporciones, simbolizando el Oriente, y coronará el otro arco del Oeste un grupo análogo de figuras representando la marcha del pueblo sajón hacia Occidente.

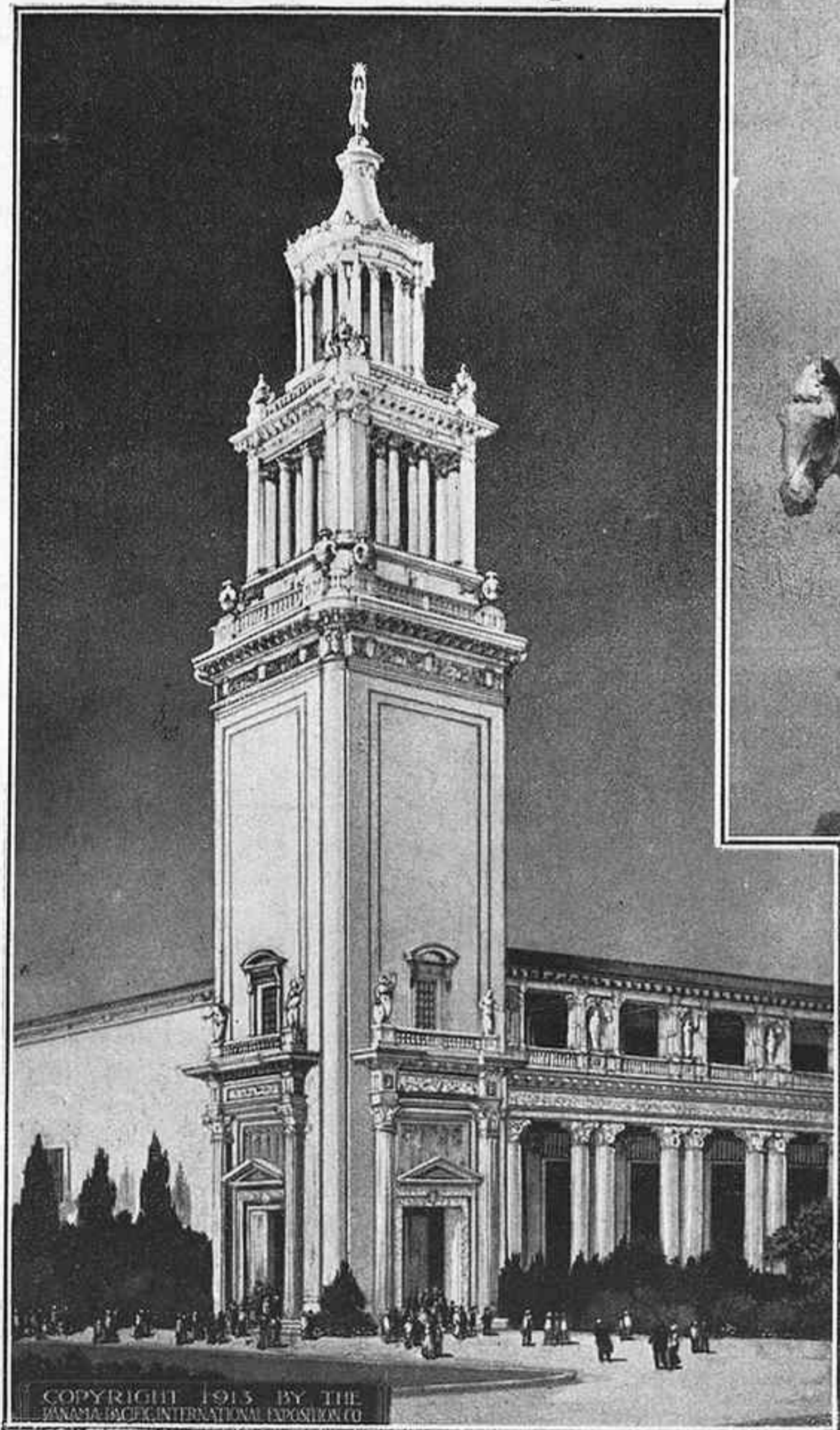
Sobre la columnata o pórtico, que circundará todo el patio de honor y correspondiendo a cada una de las columnas de veinte metros de altura que lo formarán, habrá, en número de ciento diez, una figura repetida, de cuatro metros setenta centímetros de altura representando una estrella, como lo indica el adorno de la cabeza. La particularidad de estas figuras, aparte de su colosal tamaño y de su crecido número, será dicho adorno de la cabeza, formado por un reflector especial de cristal tallado, que recibirá los rayos luminosos de las potentes baterías de pro-



Gran sala de fiestas que podrá contener más de 10.000 espectadores

vectores de la bahía, descomponiéndola en mil cambiantes de maravilloso efecto, inundando el ambiente de luz difusa y de miríadas de irisados reflejos multicolores.

En el centro del patio habrá un jardín en bajo, rodeado de una balaustrada con estatuas y con arbustos recortados simétricamente, con dos grandes fuentes monumentales, cuya estatuaria simbolizará respectivamente también el Oriente y el Occidente.

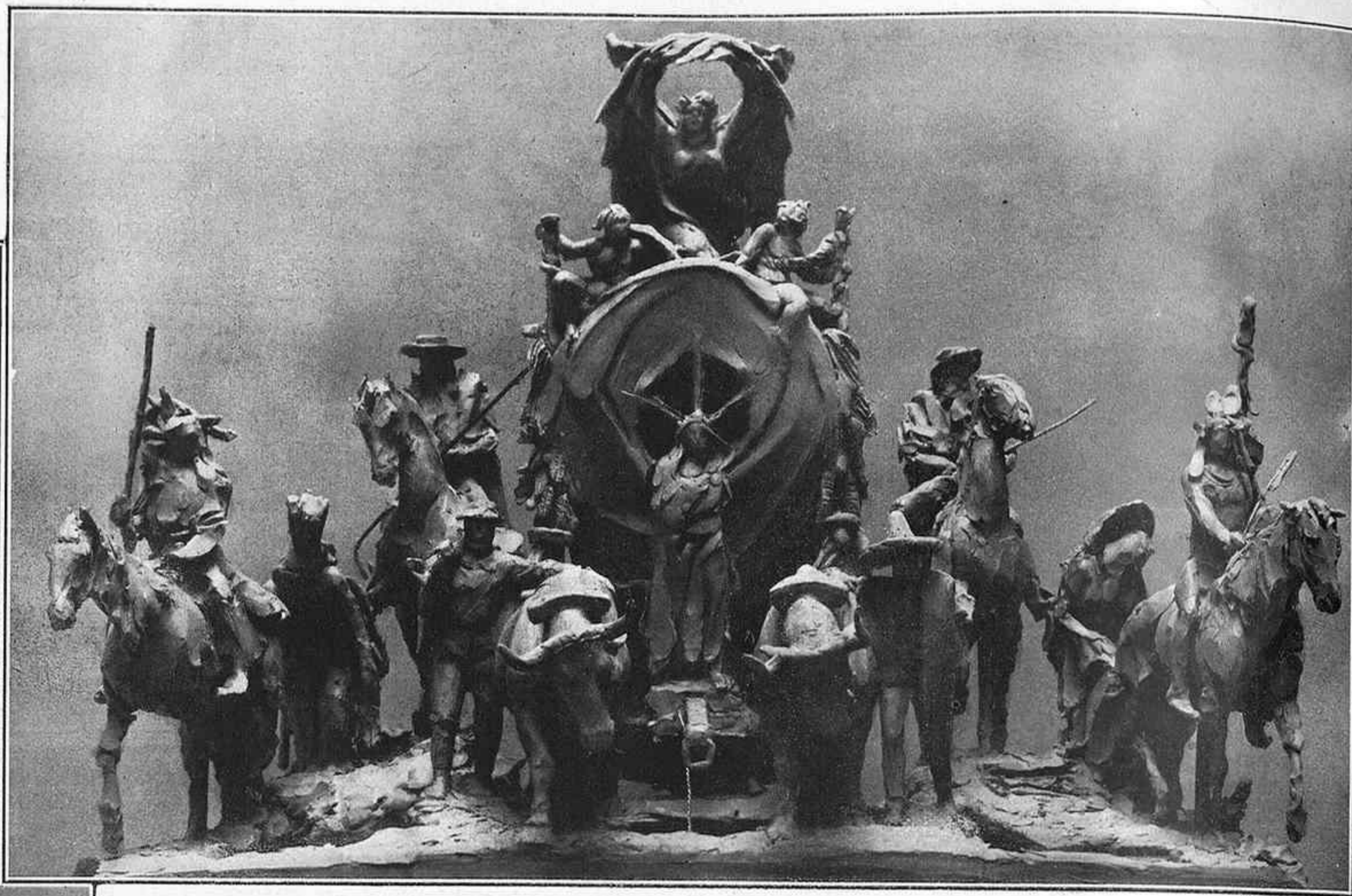


Una de las torres que marcarán el ingreso en el Patio de las Palmas. Habrá dos de estas torres idénticas en tamaño, una al Sur del Patio de las Cuatro Estaciones y otra al Sur del Patio de las Fiestas o Patio de las Flores.

Tanto los macizos de la gran torre como las paredes interiores de la columnata estarán adornados de pinturas murales, frescos y mosaicos de gran visualidad, lo propio que el friso corrido del pórtico. Las perfectas proporciones de todos los elementos que componen este grandioso patio, no dan en el dibujo una idea exacta de su inmensidad verdaderamente pasmosa; pero basta fijarse en las dimensiones que

hemos consignado y en los detalles descritos para comprender que excederá con mucho a cuanto en análogas fiestas se ha hecho hasta el día, y es el pro-

de las estatuas del gran patio del Sol y las Estrellas que, descomponiendo la luz en miles de variantes, derramarán sobre la ciudad encantada un tono des-



Grupo que coronará el Arco de Triunfo del Oeste y que representa los primeros exploradores de la América del Norte procedentes de Occidente  
Boceto de los escultores Poth, Lentell y Calder

pósito de la Dirección de la Exposición Universal de Panamá y el Pacífico que así suceda con todos los elementos que la constituyen.

#### LA ILUMINACIÓN

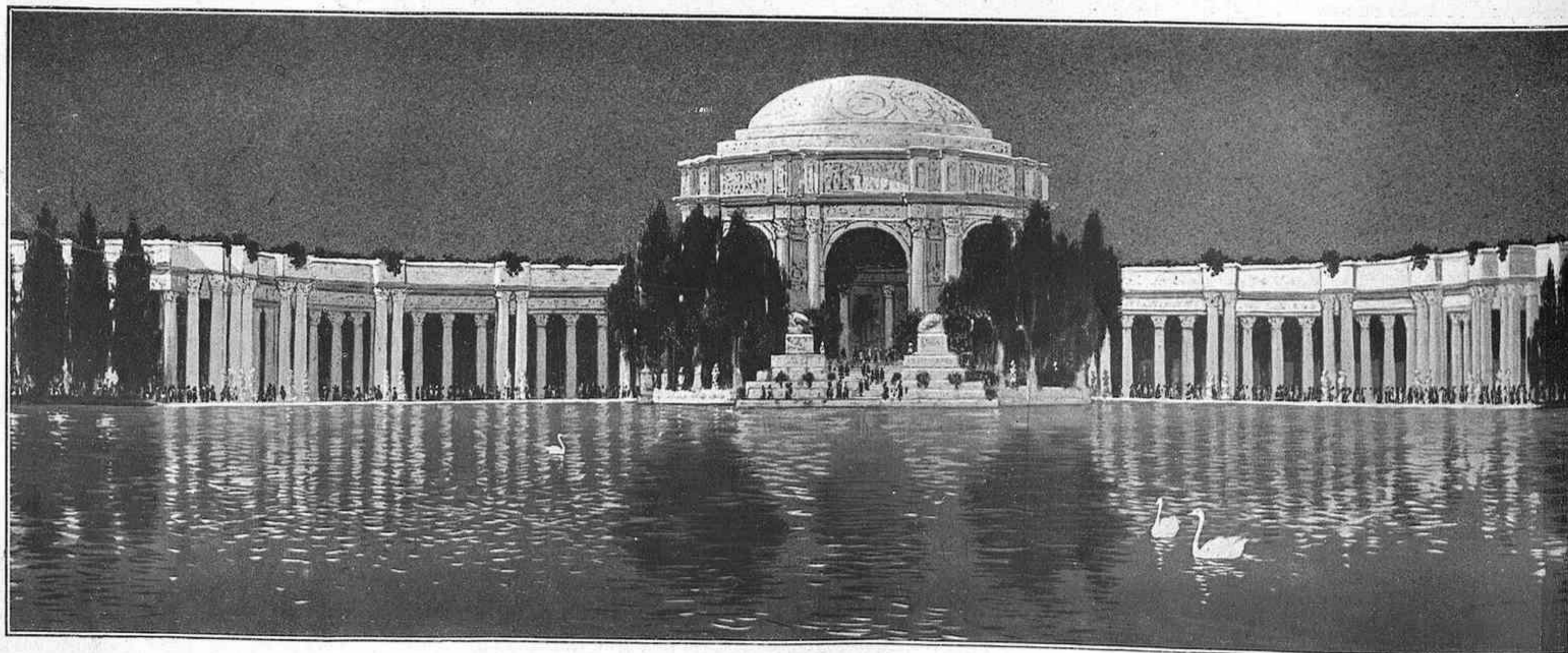
La iluminación del extenso ámbito de las exhibiciones, de sus patios y alamedas, jardines y lagos, se ha estudiado de modo que, a la vez que sea una continuación completa de la luz del día, haga resaltar los esplendores de sus palacios y esculturas. Mr. W. D'A Ryan, encargado de la dirección general del alumbrado de la Exposición, se ha propuesto lograr que su iluminación marque una nueva etapa en los encantos de la ciencia de la luz, presentando nuevas y prodigiosas combinaciones, que realizarán verdaderos ensueños.

El rasgo más importante del plan de alumbrado de la Exposición consiste en la supresión total de sombras negras y de contrastes bruscos; los palacios con todas sus magnificencias se verán de noche lo mismo que a la plena luz del día. Potentes baterías de proyectores de colores variados enviarán sus rayos luminosos a las torres y alminares y a las «joyas»

lumbrador de alegría que, con la iluminación general de la zona mágica de los palacios, duplicará su aspecto de grandiosidad y hermosura.

En el alumbrado se emplearán los dos sistemas de iluminación, directa y refleja, y se suprimirá en absoluto el adorno iluminado de los contornos de los edificios. Habrá en la Exposición cuatro focos o fuentes de luz: la general de las avenidas y patios, la de los proyectores de la bahía, las baterías de los techos y las de las columnas y cornisas. Los millares de lámparas empleadas en la luz refleja estarán ocultas a la vista del espectador, pero su resplandor se difundirá sobre los frescos y pinturas murales, sobre las fachadas de los edificios y sobre las estatuas y los parterres de patios, jardines y explanadas. El interior de los edificios se iluminará con arcos luminosos; en las fachadas y a los lados de los palacios se empleará la luz directa, y los frescos del gran patio de honor y de los patios del Este y del Oeste se iluminarán con focos eléctricos colocados en el interior de las columnas y a diversas alturas, dispuestos de modo que contribuyan a hacer resaltar las composiciones pictóricas, obteniéndose maravillosos efectos de caliscopio por medio de pantallas de colores.—N. O. G.

(Fotografías de la «Panama-Pacific Exposition Co.»)

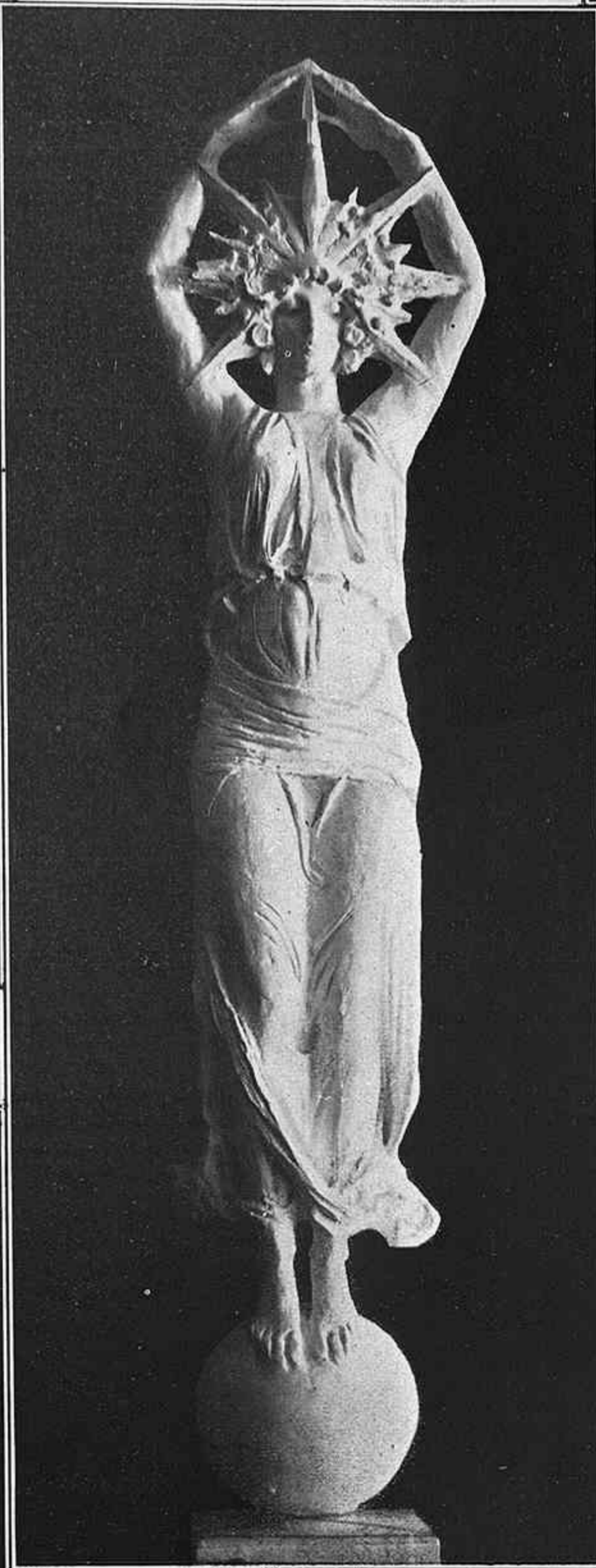


Palacio de las Bellas Artes

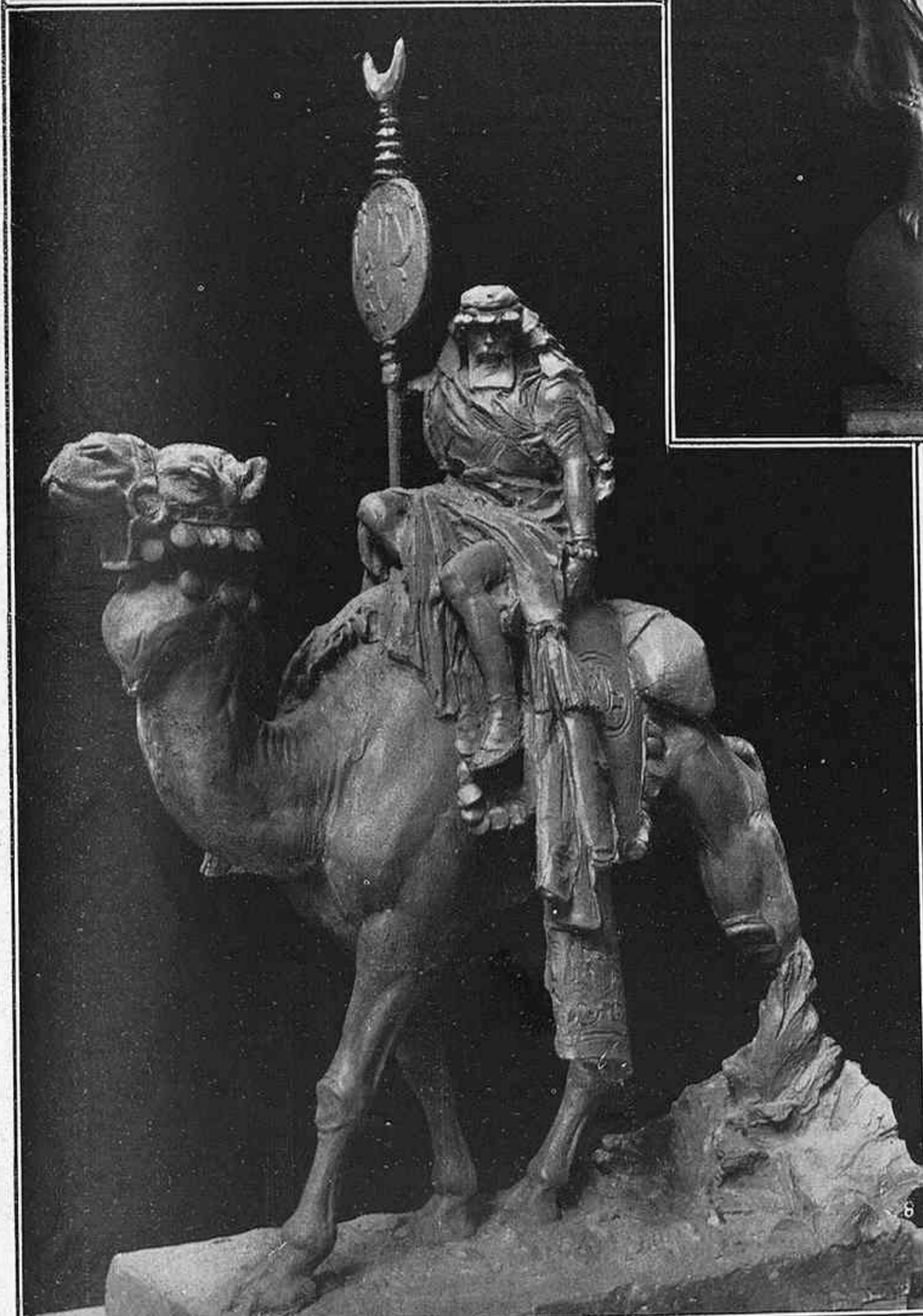


HALCONERO ÁRABE, figura del grupo que coronará el arco de triunfo del Este.

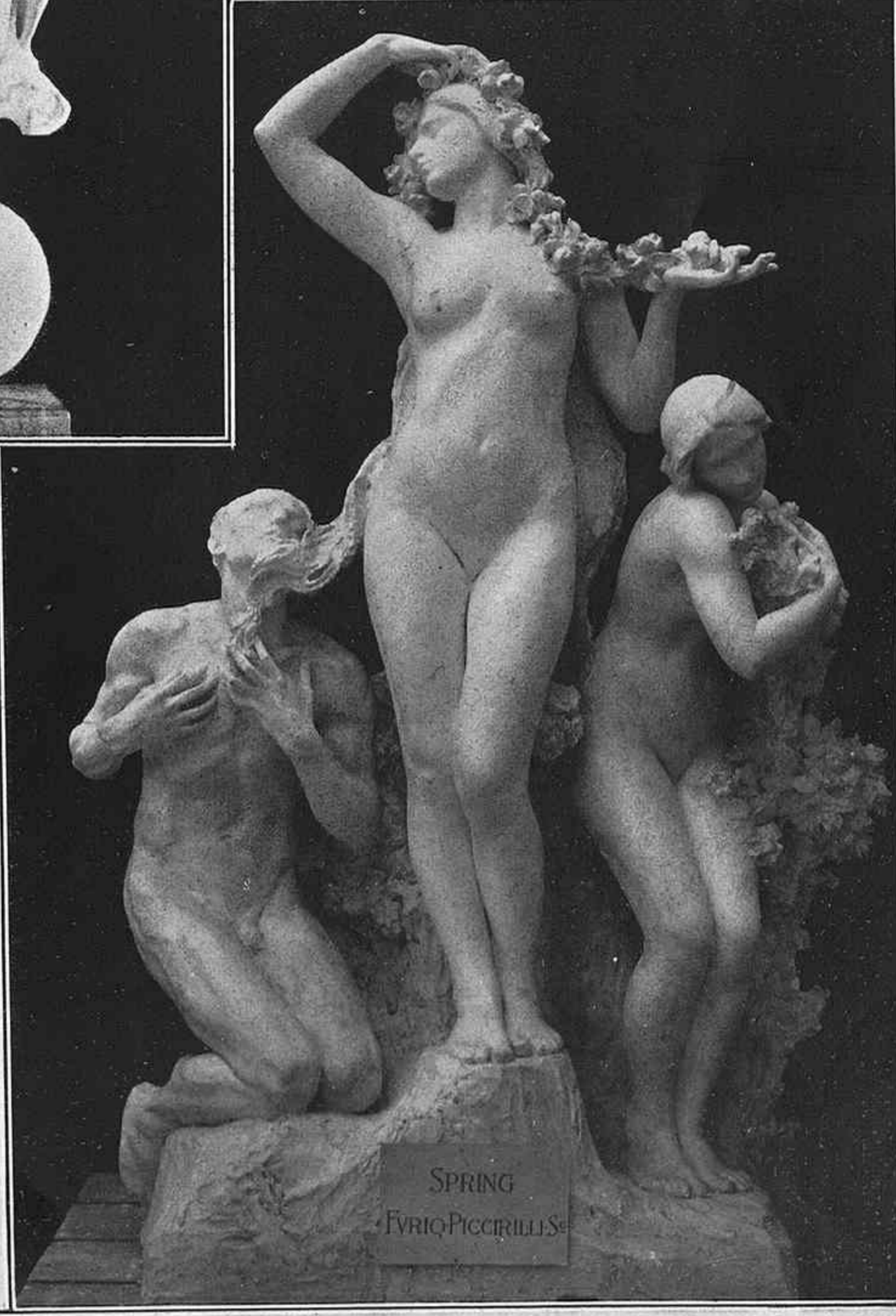
Una de las figuras de 5 metros de alto que coronarán el pórtico del Patio del Sol y las Estrellas. Cada una de estas figuras, que serán en número de 110, contendrá una gran joya artificial de un metro y medio de diámetro que de noche brillará con el reflejo de los chorros de luz de baterías eléctricas.



LA SOLANA, una de las figuras que adornarán el patio de las Cuatro Estaciones.



EL MAHOMETANO, figura del grupo que coronará el arco de triunfo del Este.



LA PRIMAVERA, uno de los grupos que representarán las Cuatro Estaciones.

## MADRID. - LA VISITA DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA M. RAIMUNDO POINCARÉ

El reciente viaje del Presidente de la República francesa a nuestro país no ha sido simplemente un acto de cortesía en justa correspondencia a la visita que hizo a Francia, hace poco, nuestro soberano Alfonso XIII, sino que, según opinión unánime, así en España como en el extranjero, ha revestido gran importancia desde el punto de vista de la política internacional. Y que esta opinión no se ha equivocado lo demuestran los discursos cambiados entre el Rey de España y el señor Poincaré en el banquete de gala que en honor de éste se celebró en el regio alcázar y en los cuales luego nos ocuparemos, y los comentarios que de ellos han hecho los principales periódicos de Europa.

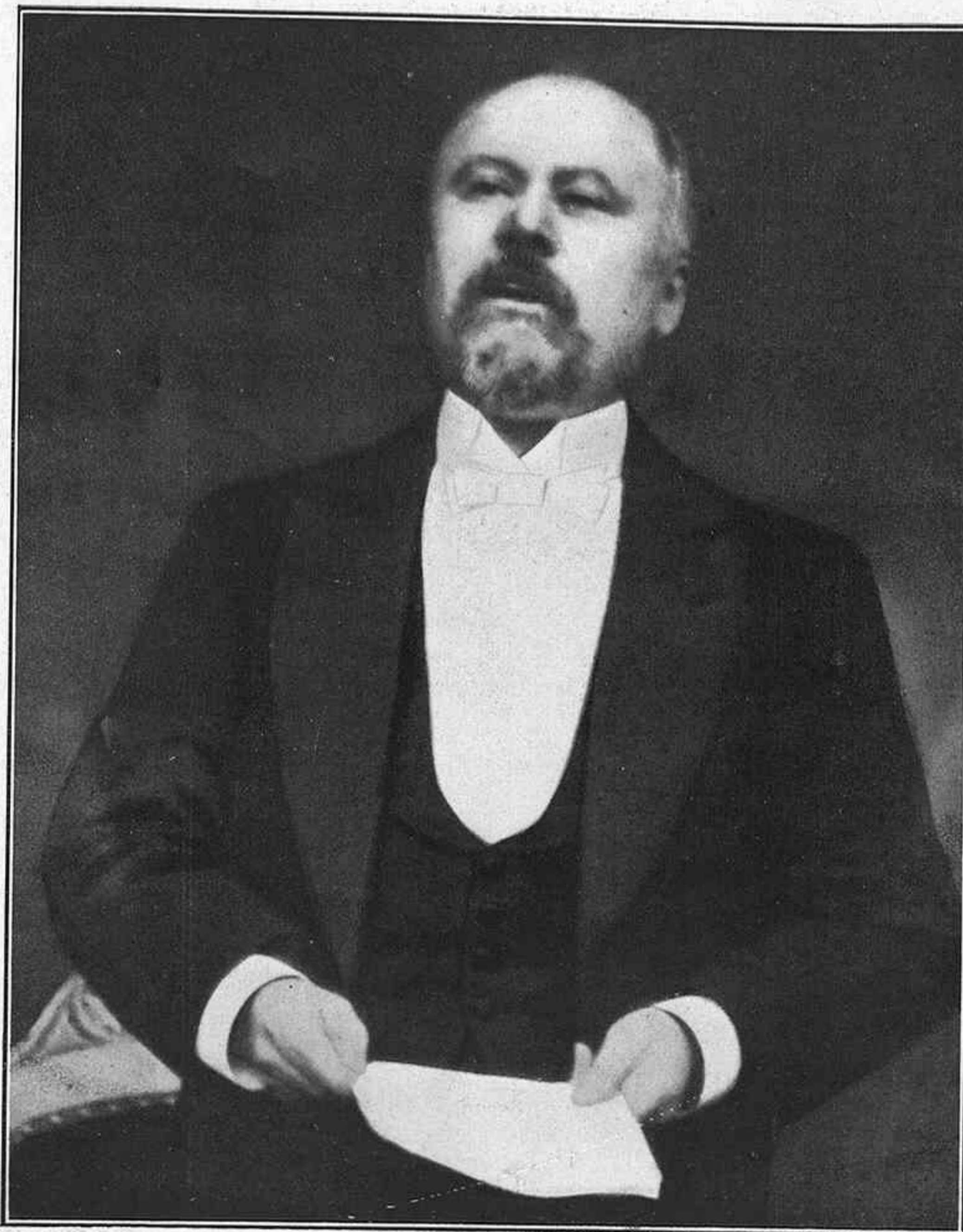
No es, pues, de extrañar que hayan sido tan extraordinarios los preparativos hechos para recibir dignamente al primer magistrado de una nación amiga con la que nos unen lazos estrechos que ahora se estrecharán seguramente más todavía, ni que se haya procurado por todos los medios dar a la visita del Sr. Poincaré el carácter de suceso de excepcional importancia y ofrecer al ilustre huésped el espectáculo de un pueblo deseoso de hacer cada vez más íntimas y cordiales la amistad y la inteligencia con el pueblo francés.

Hechas estas consideraciones, relatemos los actos y festejos organizados en obsequio al Presidente.

Llegó éste a Madrid a las diez y media de la mañana del día 7 del actual, siendo recibido en la estación por S. M. el Rey, los infantes D. Fernando y D. Alfonso, el Gobierno, las Mesas del Senado y de la Cámara de Diputados, las Autoridades, el embajador de Francia con todo el personal de la Embajada, comisiones de los altos cuerpos del Estado, elevadas personalidades políticas y una nutrida representación del elemento militar.

Cuando el tren entró en agujas la banda de música entonó la Marsellesa y se dispararon las salvas de ordenanza y al apearse el Sr. Poincaré acercósele S. M., estrechándose ambos las manos repetidas veces y efusivamente. Después de las presentaciones oficiales el Rey y el Presidente revistaron el piquete de honor, saliendo luego de la estación y ocupando un coche a la gran D'Aumond, que, seguido de otros carruajes en los que iban la familia real y demás personajes españoles y franceses que formaban la comitiva, dirigióse al Palacio Real. La multitud que, a pesar de la lluvia, llenaba completamente las aceras del trayecto aclamó a D. Alfonso y al Sr. Poincaré.

Llegados al regio alcázar, subieron el monarca y el Presidente por la escalera de honor hasta la saleta, en donde esperaban la familia real y la corte, y desde allí se dirigieron al balcón principal de la Plaza de Oriente para presenciar el desfile de las tropas. Terminado éste, que fué



M. Raimundo Poincaré, Presidente de la República Francesa. (De fotografía.)

brillantísimo, se permitió al público que se acercase al palacio, prorrumpiendo entonces aquél en calurosas aclamaciones que obligaron al Presidente a asomarse a uno de los balcones del comedor rojo, desde donde saludó a la multitud sombrero en mano.

Luego se celebró un almuerzo íntimo, después del cual el Sr. Poincaré fué a dejar tarjeta en los palacios de los infantes D. Fernando, D.<sup>a</sup> Isabel, D. Alfonso y D.<sup>a</sup> Beatriz y D. Carlos y D.<sup>a</sup> Luisa, marchando luego a la embajada de Francia, en donde recibió a la colonia francesa de Madrid y a los representantes de las de Barcelona y Bilbao.

Por la noche efectuóse el banquete de gala, al que concurrieron 105 comensales. El comedor estaba ricamente decorado y la mesa ostentaba suntuosos adornos, ofreciendo el conjunto un aspecto de magnificencia indescriptible. En el momento de los brindis, que todos los comensales escucharon de pie, Su Majestad leyó un discurso en el que, después de expresar el agradecimiento con que recordaba sus visitas a Francia y de rogar al Presidente que en la acogida que Madrid le había dispensado viese una elocuente manifestación de simpatía del pueblo español hacia él y su patria, dijo: «A la hora en que España y Francia se consagran a una labor común de civilización allende el Estrecho, el acuerdo de ambas está hecho ya en los espíritus y en los corazones, y los nobles esfuerzos para armonizar las energías de las dos naciones son, al mismo tiempo, el impulso de las almas y la consecuencia de una necesidad irresistible de lógica que lleva a asegurar la solidaridad de nuestros intereses en una colaboración fecunda. No se borrará de mi memoria el recuerdo de vuestra visita, porque descubro en ella una prenda preciosa para un porvenir de intimidad y de buena inteligencia cada vez más cordial entre España y Francia, a la cual dirijo desde aquí mi saludo de amistad y profunda admiración.»

El Sr. Poincaré agradeció la acogida que le habían dispensado S. M. y el pueblo español y recordó el entusiasmo con que los franceses habían recibido a D. Alfonso demostrando con ello la admiración que sienten por la valiente y gloriosa España y proclamando su voluntad deliberada de estrechar entre ella y Francia los vínculos de una amistad tradicional. Después añadió: «El pueblo español me demuestra, a su vez, con manifestaciones conmovedoras, que siente el mismo impulso del corazón y la fuerza incontrastable del interés común. La clarividencia de la opinión pública ha hecho fácil la tarea de los gobiernos. Todo nos permite ahora mirar confiados el porvenir de buena inteligencia y de intimidad de que habla Vuestra Majestad; nuestras afinidades hereditarias, la identidad de nuestra civilización y de



Madrid. - El Sr. Poincaré saludando al público al salir de la estación. (De fotografía de Vidal.)

nuestra cultura, el parentesco de nuestras hermosas lenguas latinas, la solidaridad de nuestras empresas africanas, la necesidad de desarrollar nuestras relaciones económicas, nuestro igual deseo por el mantenimiento de la paz universal. Constituirá para mí una alegría y un honor el que mi visita pueda contribuir a que la unión entre ambos pueblos sea más estrecha y fecunda.»

Terminado el banquete, efectuóse la recepción que, como todas las que en el regio alcázar se celebran resultó verdaderamente espléndida. A las nueve y media la orquesta tocó la Marcha Real y apareció la Corte en el siguiente orden: S. M. la Reina Doña Victoria, del brazo del Sr. Poincaré; S. M. el Rey D. Alfonso XIII, del brazo de S. M. la Reina Doña María Cristina; las infantas Doña Isabel, Doña Luisa y Doña Beatriz y los infantes D. Carlos, D. Fernando y D. Alfonso. Cruzó la Corte el salón del Trono y los contiguos, saludando afablemente a todos los invitados y después de conversar con algunas personalidades ilustres, se trasladó, en unión del Gobierno, al buffet. Poco después de las diez y media, SS. MM. y AA. y el Sr. Poincaré regresaron a los salones, que volvieron a cruzar en la misma forma indicada, retirándose seguidamente a sus habitaciones particulares.

A la mañana siguiente el Rey y el Presidente con sus respectivos séquitos emprendieron la excursión a Toledo, en la que los acompañaron el presidente del Consejo de Ministros, el ministro de Estado, el general Liautey, los consejeros municipales parisienses y gran número de periodistas franceses y españoles. A las once menos cuarto llegó el tren a Toledo, y entre los acordes de la Marcha Real y de la Marsellesa, descendieron los ilustres viajeros a quienes saludaron las Autoridades. En seguida formóse la comitiva compuesta de muchos automóviles, en el primero de los cuales iban D. Alfonso y el Sr. Poincaré, a quienes el público tributó una ovación indescriptible.

Al llegar al puente de Alcántara, detúvose la comitiva frente al antiguo arco de la Alcazaba, en donde se había instalado una tribuna, desde la cual treinta bellísimas señoritas, elegantemente vestidas, tocadas con mantillas blancas y luciendo vistosos mantones de Manila, arrojaron



El público en la Plaza de Oriente aclamando al Sr. Poincaré. (De fotografía de Ásenjo.)

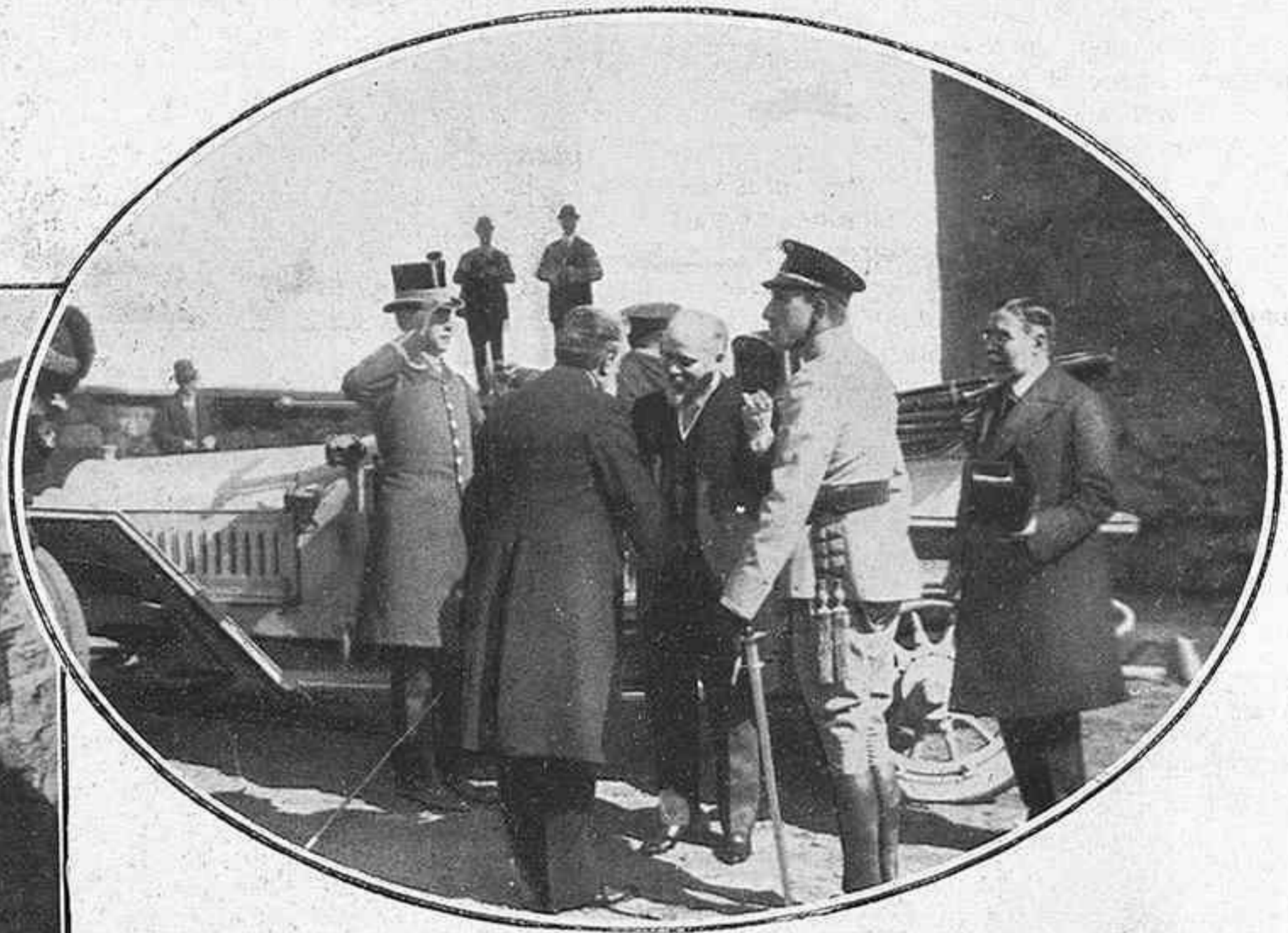
Al día siguiente, el Sr. Poincaré visitó por la mañana el Hospital de San Luis, el Colegio Francés, el Instituto Francés y finalmente el Museo del Prado, en donde se encontró con S. M., dirigiéndose juntos a palacio. A las doce, el Rey, la Reina D.<sup>a</sup> Victoria, los infantes, el Presidente y sus respectivos séquitos, fueron al Prado. En aquel Real Sitio celebróse un banquete y terminado éste el Sr. Poincaré, acompañado de las Reales personas, recorrió detenidamente el palacio, regresando luego a Madrid.

demia de Infantería. En la sala de esgrima, cuyas paredes están cubiertas con ricos tapices, celebróse el almuerzo, terminado el cual recorrieron todas las dependencias de la Academia y presenciaron los ejercicios militares que con admirable precisión ejecutaron los 1.200 alumnos. Concluidas las maniobras, formaron los cadetes en columna de honor y mandados por S. M. desfilaron ante el Sr. Poincaré.

Desde el Alcázar regresó la comitiva a la estación, siendo D. Alfonso y el Presidente objeto de una entusiasta despedida.

A las seis menos cuarto llegó el tren a Madrid.

Por la noche celebróse en el Teatro Real el concierto de gala, que corrió a cargo de la Orquesta Sinfónica bajo la dirección del maestro Arbós. La sala del regio coliseo, adornada con profusión de flores, tapices, banderas y escudos, presentaba un aspecto deslumbrador, y ocioso es decir, tratándose de una función de esta clase, que la concurrencia que la llenaba constituía la representación más alta de la aristocracia y del mundo oficial, de las letras, de las artes y de la política.

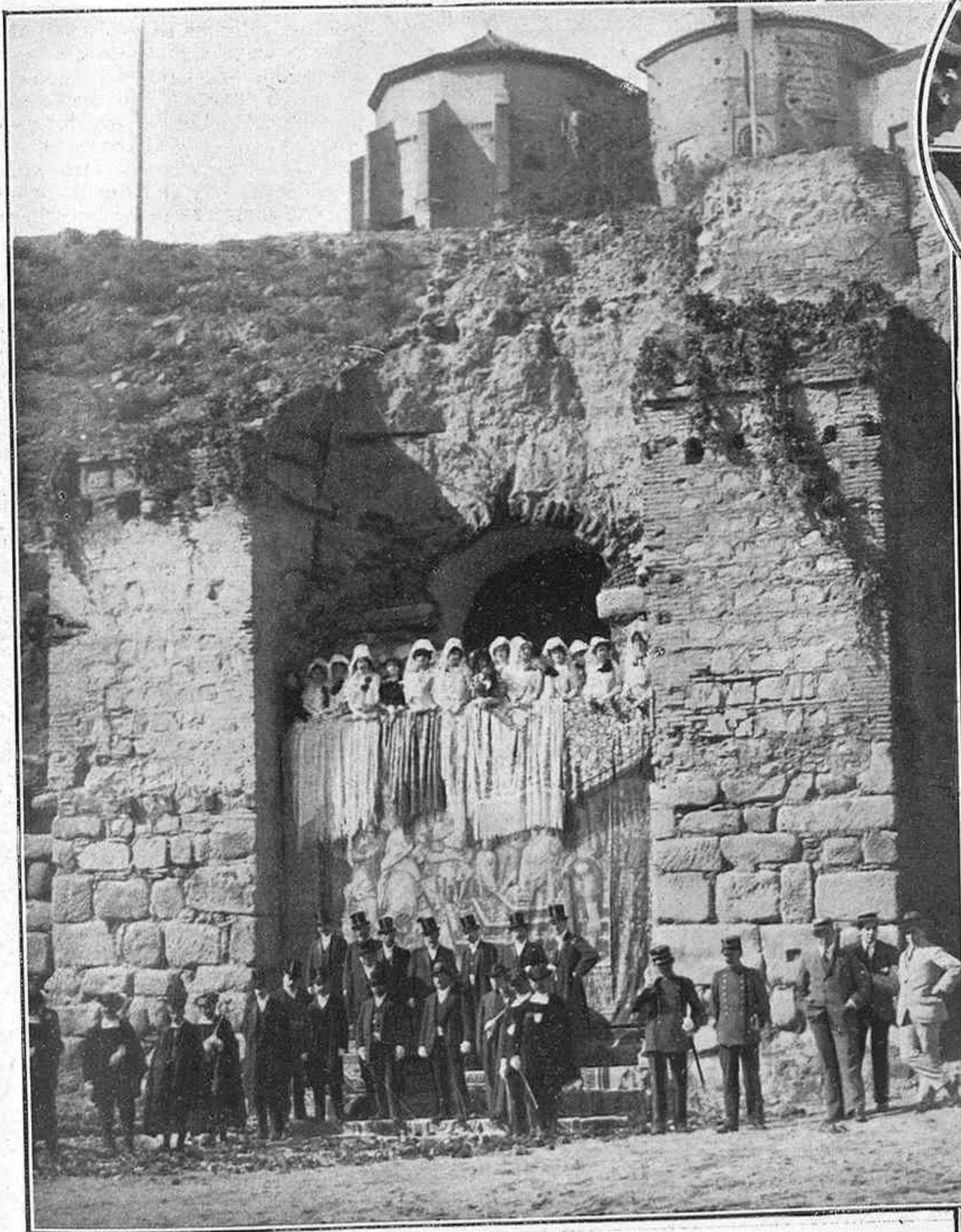


El alcalde de Toledo D. Félix Ledesma dando la bienvenida a S. M. y al Sr. Poincaré

Poco después, asistió el Presidente a la *garden-party* dispuesta en su honor por el Ayuntamiento y que se celebró en los jardines del Retiro. El alcalde le entregó una hermosa copa de oro y le dirigió una elocuente salutación, a la que contestó el Sr. Poincaré con frases sentidísimas de gratitud y de elogio a Madrid y a España.

Desde el Retiro, regresó el Presidente a Palacio y después de una recepción de despedida a la que concurrieron las Reinas, los infantes, el obispo de Sión y todos los elementos palatinos, dirigióse, en compañía de S. M., a la estación tomando allí el tren que condujo a los dos augustos viajeros y sus séquitos a Cartagena.

La despedida tributada al Sr. Poincaré fué en extremo entusiasta.

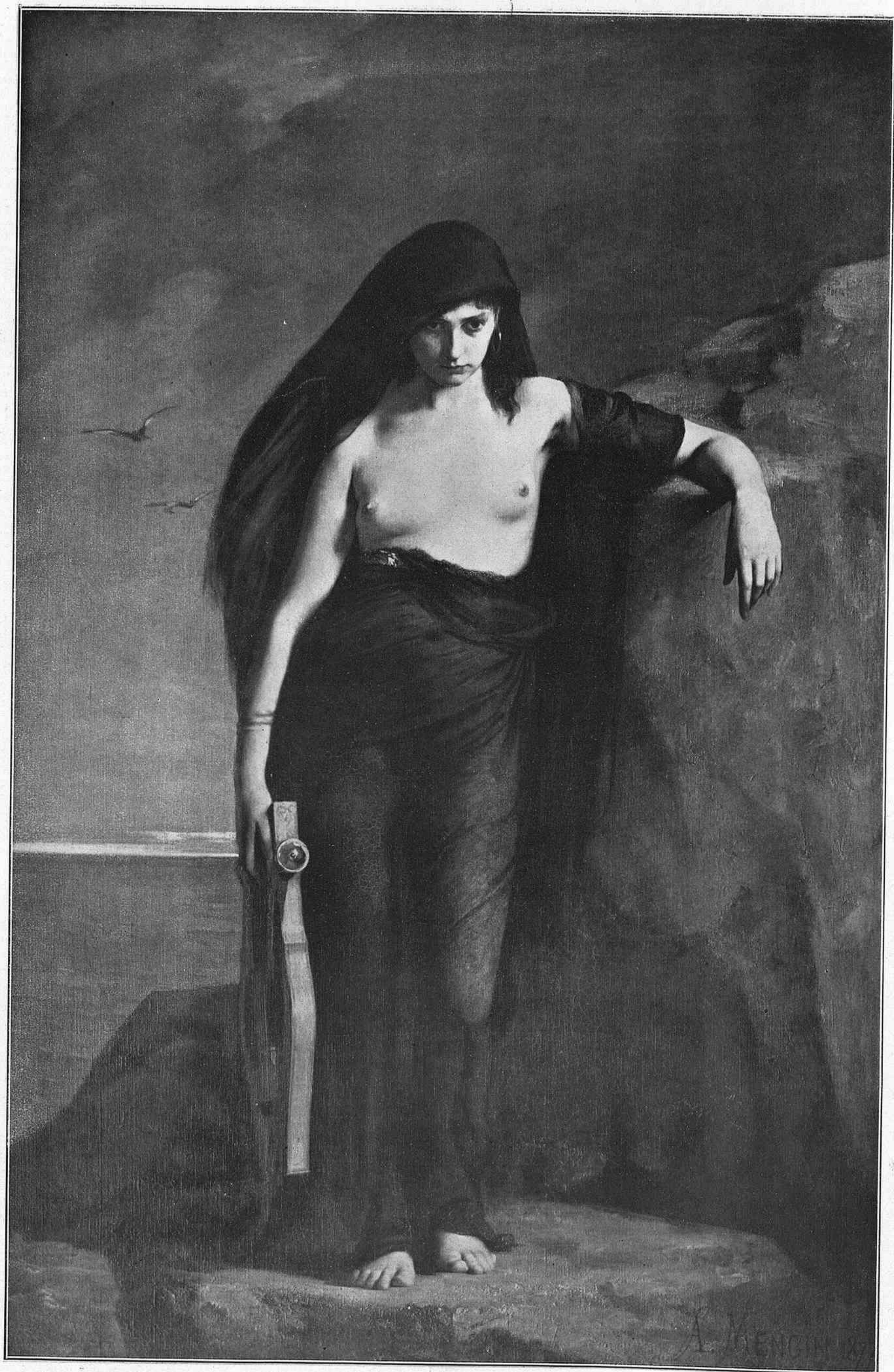


Toledo. - Las autoridades y señoritas de la aristocracia esperando el paso de la comitiva en la antigua puerta de la Alcazaba

una lluvia de flores sobre el auto en que iban el Rey y el Presidente. Allí, el alcalde de Toledo D. Félix Ledesma dió la bienvenida a éstos y el Sr. Poincaré le entregó la cruz de la Legión de Honor. Desde aquel sitio dirigiéronse los expedicionarios a la Fábrica de Armas, que recorrieron muy detenidamente, habiendo el Sr. Poincaré elogiado grandemente los trabajos que en ella se realizan y luego felicitado al director y a los oficiales. Después visitaron la iglesia de San Juan de los Reyes, la casa del Greco, la Sinagoga, Santo Tomé y la Catedral, dirigiéndose luego al Alcázar en donde se halla instalada la Aca-



S. M. el Rey y el Sr. Poincaré en el claustro de la Catedral (De fotografías de Vidal.)



SAFO, cuadro de Augusto Mengin

(Reproducción autorizada por la Galería de Arte de Mánchester.)





EN LA PUERTA DE ORO, cuadro de Valentín C. Prinsep

(Reproducción autorizada por la Galería de Arte de Manchester.)

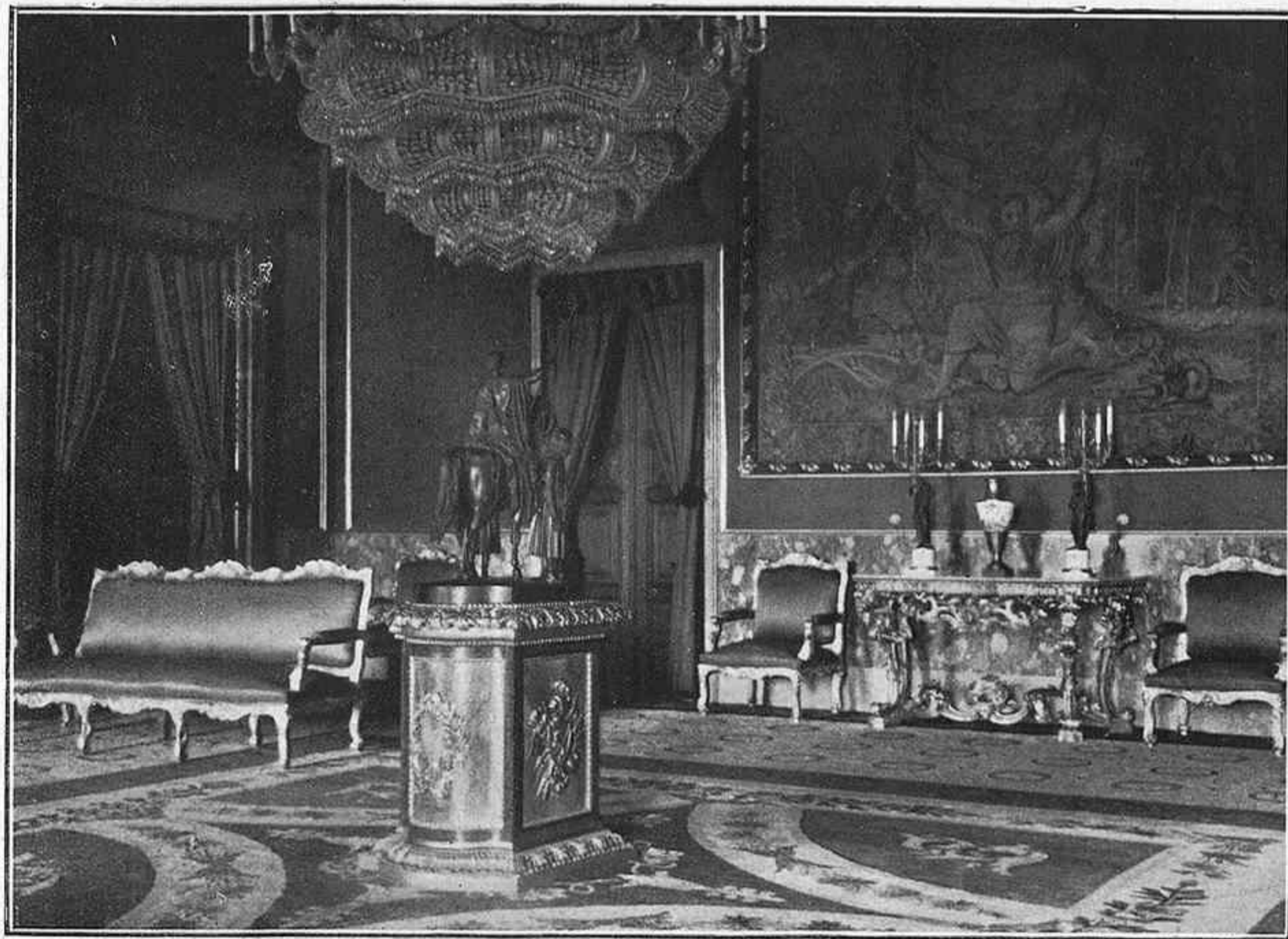
## MADRID. — EL ALOJAMIENTO DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA

Y DE SU SÉQUITO EN EL PALACIO REAL. (De fotografías de Vidal.)

Las habitaciones del palacio real que ha ocupado el Presidente de la República Francesa Sr. Poincaré estaban espléndidamente decoradas.

La saleta, la antecámara y la cámara hallábanse

En el despacho había la histórica mesa que usó en el Real sitio de El Pardo hasta su muerte el malogrado rey D. Alfonso XII y



Vistas de la cámara en donde hay los famosos tapices llamados de las Esferas y la escultura en bronce de Isabel la Católica

adornadas como en la época en que las ocupó Su Alteza la infanta Doña Isabel, sin más diferencia que el haberse instalado en ellas la luz blanca.

La saleta tenía su principal ornamento en una colección de tapices, reproducción de otra magnífica del siglo XVII que representa diversos episodios de la historia de Ciro el Grande y es propiedad de la Casa Real.

Cubrían las paredes de la antecámara otros tapices de la Real fábrica de Madrid que constituyen la historia de José, David, Salomón y Absalón.

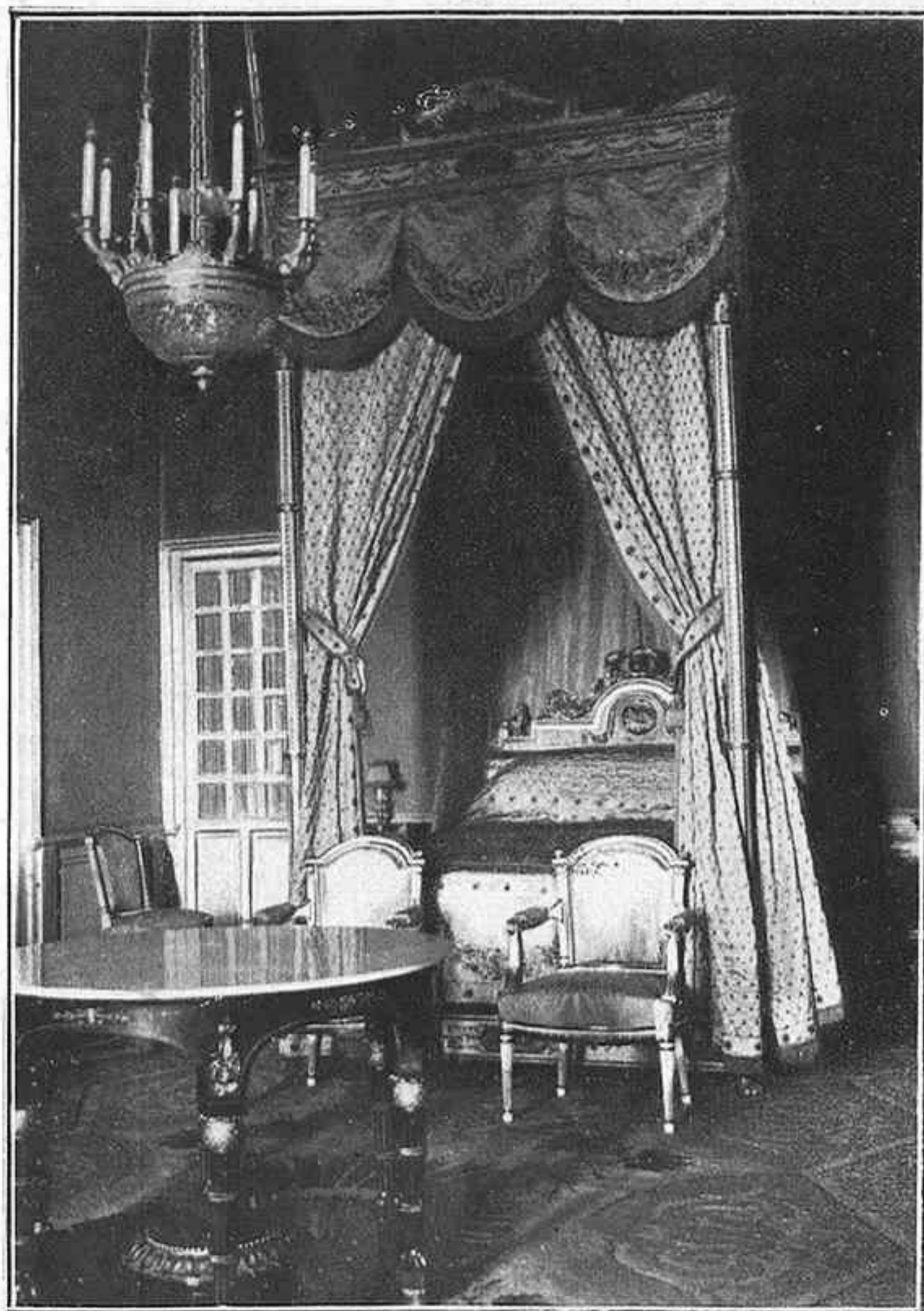
los muebles eran de estilo Imperio. En las paredes veíanse los retratos de Fernando VII y de la Reina.

Contiguo al despacho, habíase dispuesto el dormitorio del Sr. Poincaré, tapizado de azul con bordados en sedas; la cama era del tiempo de Carlos IV con colgaduras azules bordadas en plata. Los muebles, de caoba y bronce dorado, estaban tapizados en los mismos tonos, y de las paredes pendían cuadros de Lucas y Jordán, de asuntos religiosos. Uno de los muebles que más llamaban la atención era un precioso velador de malaquita. Junto al dormitorio estaba el cuarto de vestir, con una gran luna de Venecia encastrada por un marco de caoba con aplicaciones de bronce dorado, y seguían luego un cuarto de baño y un comedor.

La alcoba destinada al Sr. Mollard, jefe del protocolo, que pronto cesará en sus funciones y que ha acompañado al Sr. Poincaré, estaba tapizada de rojo y los muebles del despacho eran de estilo inglés moderno; las paredes de

del palacio. La cama era del tiempo de Isabel II con incrustaciones de maderas finas y dorados; el mobiliario era de caoba azul y sobre las consolas había valiosos objetos de arte, entre ellos un bronce notable del tiempo de Carlos IV. De las paredes pendían cuadros de Jordán. El salón contenía muebles modernos y cuadros de Lucas y de Jordán; la mesa-despacho era de estilo Luis XVI. El antedespacho estaba también suntuosamente amueblado, y en otro salón veíanse un precioso tapiz copia del retrato del príncipe Baltasar Carlos en traje de caza, pintado por Velázquez, que se conserva en el Museo del Prado, varios tapices de Teniers y Tiépolo y varias hermosas obras pictóricas, entre ellas una de Villaamil que representa el pórtico de la catedral de Santiago.

Frente a las habitaciones del Sr. Pichón había las del general Beaudemoulin, jefe de la Casa Militar del Presidente de la República; la primera de ellas, tapizada de brocado amarillo y con una magnífica



El dormitorio

Las paredes de la cámara estaban cubiertas con los ricos tapices del siglo XVI que constituyen la colección denominada de las Esferas, y en el centro de la estancia ostentábase una hermosa escultura en bronce de Isabel la Católica a caballo. Los muebles, de color de café y oro, eran de estilo Luis XIV y completaban la instalación hermosas consolas con magníficos juegos de bronce.



Antecámara en donde hay los tapices de las historias de David, José, Salomón y Absalón

esta pieza estaban cubiertas de hermosos tapices.

Las habitaciones del ministro de Negocios Extranjeros Sr. Pichón estaban situadas en la planta baja

araña de cristal de roca y bronce, contenía muebles de caoba y damasco amarillo y varios cuadros del Tiépolo de gran mérito.

## GIL DE CLAIRCOEUR

NOVELA ORIGINAL DE DANIEL LESUEUR. - ILUSTRACIONES DE SIMONT

## I

- Aquí está Gil de Claircoeur. El amo le espera. La voz sorda, pero autoritaria, indicaba al jefe.

El que acababa de hablar llevaba, en efecto, un doble galón de plata en la manga de su chaqueta gris azulada, con botones de metal. Capataz de los numerosos dependientes del *Petit Quotidien*, saboreaba el orgullo de su grado y de su importancia. Sentado a su mesa-escritorio, en el gran *hall* del primer piso, miraba de pies a cabeza a las personas que subían, a derecha e izquierda, la monumental escalera de doble revolución. Entre la mitad de la curva, en que los visitantes empezaban a aparecer, y el último escalón, la persona era juzgada, medida, categorizada, por aquel funcionario..., según una clasificación implacable..., a la medida de lo que podían venir a solicitar de un potentado moderno como el director de un periódico tan poderoso como el *Petit Quotidien*. Para el hombre de la chaqueta galoneada, todos dependían más o menos de su amo, es decir, y desde luego, de él - que disponía de la presencia augusta, haciendo visible o invisible al dios.

Con un tono insólito, casi deferente, acababa de anunciar a Gil de Claircoeur.

A este nombre de paladín, de tal manera profirido, Marcelo Fagueyrat, el «guapo Fagueyrat», del Teatro Trágico, que acababa de hacer pasar su tarjeta al revistero dramático, se volvió vivamente.

Lo que vió le causó tanto estupor, que el aire altivo y estudiado de su fisonomía no resistió a su efecto. Su expresión adquirió una ridiculez diferente, una ridiculez súbitamente accesible a los dependientes del periódico, cuyo grupo se regocijó disimuladamente con su atontamiento.

El joven primer galán melodramático conocía el nombre de Gil de Claircoeur como el de un folletista popular, cuyas abundantes novelas, mal escritas por cierto, ejercían una fascinación sobre millones de lectores, los cuales no podían ser todos unos imbéciles. Inventiva, imaginación, sentido del misterio, sinceridad en la emoción, correspondencia indefinible con la vida, tales causas (y quizá otras más profundas todavía) aseguraban el éxito a sus narraciones. Devoradas día por día, nunca se publicaban en tomos. ¿Qué editor no hubiera retrocedido ante sus cincuenta o sesenta mil líneas?

La fácil fecundidad de su producción, su giro caballeresco, y sobre todo la consonancia del seudónimo que las firmaba (pues las sílabas, por sí mismas, tienen sugerencias), habían suscitado en la cabeza de Marcelo Fagueyrat una vaga imagen de su autor. Se lo imaginaba alto, de anchas espaldas, arrogante y bigotudo, una especie de mosquetero.

Pues bien, cuando se volvió, a la frase del jefe de

los dependientes, he aquí bajo qué aspecto descubrió a Gil de Claircoeur, que acababa de subir la escalera monumental del *Petit Quotidien*, y se dibujaba en el enorme espacio, en el umbral de la sala,

- El Sr. Fagueyrat, ¿no es cierto?

- ¿Me conoce usted, señora?

- ¿Quién no le conoce a usted?... ¡Sabe Dios las veces que le he aplaudido a usted! Sin embargo, me ha hecho usted llorar mucho.

- ¡Cómo, señora!.. Usted que escribe tan ingeniosas ficciones, ¿se deja impresionar por las de los demás?

Recobraba su aplomo, en su fatuidad. Las palabras despegaban sus labios. Por otra parte, modificaba su juicio poco a poco.

¿Fea? No, no era fea aquella mujer (aquella «literata», como decía para sí tomando la palabra en un sentido algo burlón). Un rostro largo, algo caballar, facciones muy pronunciadas, una gran nariz, una boca que le recordaba la pulla de entre bastidores de una camarada hablando de otra: «Más valía que no llevase pendientes de cobre, porque corre peligro de envenenarse.» Pero los ojos... En aquellos ojos había algo nada vulgar... Una franqueza del diablo, que les daba una expresión viril, una camaradería agradable, y mucha bondad... ¡Oh, lo que es eso!.. La tal folletista debía de ser «un buen muchacho». Y ¿cómo unos ojos tan grandes, tan bien rasgados, podían dejar de ser unos ojos hermosos? Porque el caso es que no eran hermosos ojos. Y sin embargo, ¡había tanta dulzura en sus iris de color de tabaco turco! ¡En fin, para lo que Fagueyrat quería hacer de ellos!..

- Soy yo, señora, el que ha experimentado emociones leyendo sus novelas.

- ¡Bah! No se crea usted obligado a decirme eso.

- Sí, sí. Créame usted; yo también he llorado leyendo..., no recuerdo qué...

¡Ah! sí, *Las desdichas de una modistilla*.

Recordó casualmente este título, metido en la cabeza por un cartel multiplicado en todas las paredes y que representaba una joven de cabellos de oro, con la boca hendida de gris, llevada por hombres enmascarados en un automóvil.

- ¡Oh! ¿Ha leído usted mis *Desdichas de una modistilla*?.. Entonces... ¿no se le ocurrió una idea?

Fagueyrat quedó mudo. ¿Una idea?... Las ideas no se le ocurrían a menudo. ¿Y cómo había de ocurrirsele ninguna a propósito de una novela de la cual no conocía más que el cartel? *Las desdichas de una modistilla*... ¿Qué idea podía surgir de estas desdichas que él ignoraba? Evocó los cabellos de oro, el automóvil... (carrocería vermellón)..., las máscaras, todo en vano.

- Y bien... ¿Y Ademar?... ese carácter magnífico... ¡Ah! ¡esa sí que es una creación acabada! ¿No se lo imagina usted en escena? ¡Qué papel para usted! ¿Verdad?

Fagueyrat se atiesó, irguió muy alta su azulada barba sobre su cuello argolla y dijo con mucha frescura:



Gil de Claircoeur acababa de subir la escalera monumental del *Petit Quotidien*...

bajo la profusión de luz eléctrica que caía de los techos, pues el momento era nocturno: las cinco de la tarde, en diciembre:

Una mujer avanzó. Una mujer ni joven ni bonita, sin ninguna elegancia; una mujer de categoría desconcertante para el cómico parisiense. La inmediata impresión hizo que se remontara de un salto a los recuerdos de la infancia y de la adolescencia - evocaciones de la pequeña ciudad meridional en que había nacido, siluetas endomingadas de los días de ágapes y de ocio.

«Una tía provinciana...», pensó.

No salía de su asombro. La diferencia con lo que esperaba, una confusión tan brusca, le dejaba estupefacto. Y se despavoría de ver a la señora marchar en derechura hacia él, como absorta, atraída por una mirada que el actor no había tenido la presencia de espíritu de apartar a tiempo y cuya insistencia iba a ser grosera si él no la justificaba encontrando inmediatamente algunas palabras a propósito.

Y no las encontraba.

Pero, estimulante, familiar, nada ofendida, la señora le dijo a quemarropa:

— ¿Ha sacado usted un drama de esa novela, señora?

— No, pero lo haré un día u otro. Ya he planeado la obra a un empresario. ¡Si usted supiese cómo me tienta el teatro!

El actor se había convertido en un muro. Veía apuntar solicitudes y fastidios. ¡Y qué audacia! ¡Imaginarse que él, la figura culminante del Teatro Trágico — en espera del Teatro Francés — él, el genial Fagueyrat, el hermoso Fagueyrat, encarnaría los Ademar de una novelista para porteras, de una «ponedora» de líneas en el *Petit Quotidien*! Su mirada cayó sobre la criatura temeraria, más pesadamente que si bajase de Sirio.

Las largas mejillas de la que firmaba Gil de Claircoeur se pusieron sonrosadas, lo cual le restituyó un destello de juventud.

No tenía más que la edad en que las parisenses, y sobre todo las escritoras, las mujeres artistas, brillan con todo su esplendor. De treinta y ocho a cuarenta años. Pero representaba esta edad, cuya ocultación tanto seduce, con un candor provincial. Era de las que encuentran muy natural el tener cuarenta años, y no de las que, teniéndolos, disimulan las finas experiencias y todas las gracias maduras de sus cuatro décadas, bajo una frescura juvenil. En ciertos países se ocultan los huevos de Pascua bajo manojos de hierbas y florecitas primaverales. Es una delicia el descubrirlos.

Además, vestía tan mal, con telas demasiado ricas, esa pobre de Gil de Claircoeur — por verdadero nombre Gilberta Claireux; «Gilberta» — por elección romántica de su madre — una Bovary del Angoumois, a quien la hija debía su imaginación. Ese lindo nombre cuadraba tan mal a la futura novelista que, desde la infancia, se la llamaba simplemente Gil — a lo muchacho, como parecían reclamarlo su gran cuerpo descaderado de galopín, y su afición al marro, al salto mortal y a las correrías en pelo sobre los borricos de los campesinos. «Claireux» era el nombre de un vago marido, tomado por esposo a los diecisiete años, dejado ocho días después, por el horror y el estupor de las conversaciones conyugales — al menos de la elocuencia popular que le fué dado apreciar. El llamado Claireux no se obstinó, no la persiguió, no divorció — desapareció. Se le supuso muerto al cabo de algunos años. Quizás había muerto en efecto.

Único episodio amoroso que podía recordar Gilberta. De ahí ese aire de «solterona» que conservaba. Cuando se describen las maravillosas ternuras de los «Ademar», en los folletines de cincuenta mil líneas, el autor no se contenta fácilmente con las realidades sublunares. Además, la viudez obstinada de «Gil» — como se la seguía llamando — tuvo otras causas fuera de su incomprensión física del amor y la exaltación de sus quimeras. Un deber, que ella juzgó sagrado, determinó su soledad.

Hacia dieciocho años que había tomado a su cuidado a la tierna hija de una hermana seducida y muerta en el alumbramiento — una hermana mayor que ella. La adopción de la huérfana era tanto más meritoria cuanto que «Gil» se encontraba, viuda, sola y casi y sin recursos.

¿Heroica?... Nunca pensó serlo. Al contrario. ¿No debía todo lo que poseía, toda su carrera literaria, a aquella niña, puesto que, para mantenerla, había tenido la buena inspiración de escribir historias extraordinarias bajo el seudónimo de Gil de Claircoeur? El éxito había coronado sus esfuerzos. ¡Sin contar con que la niña le había traído una familia, a ella que no la tenía y que tan difícilmente hubiera podido pasar sin ella!

¿Qué pedía a la existencia aquella mujer alta, mal vestida con ropas caras, aquella persona inclasificable, tan poco parisense, tan poco parecida a las que causan envidia — detenida en aquella antesala de periódico, ante un cómico lleno de fatuidad, que se burlaba de ella para sus adentros?

Nada; no le pedía nada a la vida. Se encontraba colmada. Su destino le parecía perfecto. Estaba — mal ataviada, envuelta en su seudónimo altisonante — convencida de que era fea, ¡convicción rara en una mujer!, era un fenómeno: una criatura absolutamente feliz. Más todavía: triunfalmente feliz. Porque triunfaba y manifestaba por lo tanto una alegría triunfante. Aquella noche más que de costumbre, aunque su estado de alma habitual fuese el de un victorioso júbilo.

Sin embargo, sí... Podía tener un deseo, y lo acababa de manifestar: el de escribir para el teatro. Ver a los héroes de su imaginación moverse en las tablas, declamar con la célebre voz de Marcelo Fagueyrat, «de un timbre encantador» — como decían los críticos, cuando acababan de vapulear la pesadez pretenciosa de esa medianía, demasiado infatuada

para esforzarse en el progreso. La voz de Fagueyrat, un talismán. Premiado en el Conservatorio, debutó en el Odeón. Pero aquella voz fué el «Abrete, sésamo», y nada más. La inteligencia no correspondía al hermoso mecanismo de la garganta. Ahora obtenía éxitos de soslayo, los principales papeles de melodrama, las representaciones únicas de aparatosas obras en verso, declamadas en las arenas de ecos halagüeños y en los teatros llamados de verdura.

— La señora de Claircoeur está aquí, ¿verdad? El amo pregunta por ella.

El hombre había hablado en voz bastante alta para que su superior, el jefe de la americana galoneada, no tuviese más que corroborar el mensaje con un gesto.

— ¡Ya lo creo!, dijo la novelista, con su franqueza casi viril. ¡Ya lo creo que el amo me reclama!.. Se me iba el tiempo hablando aquí con usted, Sr. Fagueyrat... Pero le dejo a usted. Dispense... Se trata de lanzar mi *Guillotinado* a la publicidad. Hasta la vista. Celebro haberlo conocido. Oiga... ¿eh?, vuelva a leer mi *Modistilla*. Estudie Ademar. ¡Un gran papel!.. Usted verá. Mucho me extrañaría que no se entusiasmara con él.

Dirigiase, mientras tanto, hacia la puerta directorial; iba a entrar y todavía hablaba. A grandes zancadas, volviendo la cabeza, agitando los brazos, lanzaba sus frases a través de los espacios monumentales del *hall*.

Fagueyrat accedía, con vagas señas, cortésmente, riendo. Libre ya de la *lata*, aceptó la alegría que emanaba de aquella persona intempestiva. Su risa, más que burla, era dilatación irresistible. ¡Diantre de mujer!.. Original, pero muy simpática, después de todo.

— ¿Verdad que es chocante?... observó el portero mayor que también reía.

El artista recobró su dignidad y miró al inferior por encima del hombro.

— ¿Escribe mucho para el *Petit Quotidien*, esa Claircoeur?

— ¡Ya lo creo! Y se conoce. La tirada aumenta. Hay gran movimiento aquí, cuando empezamos uno de sus folletines.

— Entonces... ¿debe ganar dinero?

El hombre de los galones de plata hizo una mímica elocuente.

— Se le hacen puentes de oro. Sobre todo desde que se negó a dejarnos por el *Petit Populaire*, que le ofrecía todo lo que ella quisiese. Esa mujer vale, Sr. Fagueyrat. Un buen tipo, a pesar de su demonio de sexo. Y nada presumida ni orgullosa. Y con la mano abierta. Da gusto hacerle un favor.

— Es preciso que yo lea sus *Desdichas de una modistilla*, murmuró Fagueyrat pensativo.

En su gabinete, lleno de suntuosidades severas — macizos revestimientos de madera, profundos sillones de cuero, imponente mesa-ministro — el director, Octavio Boisseuil, se había levantado con la mano tendida:

— Y bien, mi querida amiga... ¿A eso llama usted «en seguida»? Me telefonó usted que venía «en seguida».

— ¡Que impaciencia!.. Me llama usted a toda prisa... Usted no sabe lo que estaba haciendo...

— ¡No me lo diga usted!, exclamó Boisseuil, con una exageración de pavor cómica. Va usted a ponerme celoso.

Gilberta Claireux — alias Gil de Claircoeur — la que en las redacciones de periódico llamaban «Claircoeur» a secas, y en su familia de adopción, «la tía Gil», dirigió al director una mirada de asombro, pero comprendiendo en seguida la broma, le dirigió una sonrisa de buen muchado, y se encogió de hombros.

— ¡Qué farsantes son los hombres!.. ¡Hasta en presencia de una matrona tan tranquila como yo, ¡es preciso que digan alguna tontería!

— A ver, dijo el director, cogiéndola por el codo y obligándola a girar ligeramente, ¿qué me dice usted de esto?

— ¡Oh! ¡admirable!.., exclamó la novelista.

Una imagen fulgurante cubría la mitad de la pared. La electricidad la arrancaba de la sombra, salpicada de sangre rutilante y como recién brotada de una arteria. Coronábanla enormes letras:

#### EL SECRETO DEL GUILLOTINADO

Abajo se exhibía ostensiblemente un nombre:

GIL DE CLAIRCOEUR

— ¿Es el cartel?, pronunció la autora con satisfacción.

— Es el cartel. Y también la primera página de la «botadura». Pero a esa página que ha de servir de

«gancho», es preciso que usted añada de sesenta a ochenta líneas de palpitante interés y que hagan irresistible la curiosidad, el vivo deseo de continuar la lectura. Por esto la convoqué a usted con tanta premura. ¡Imagínese usted que ya empezaba la tirada!

— ¿Cómo?... ¿que añada?... No tienen más que coger la continuación.

— No, no, de ninguna manera, mi pobre Claircoeur. No resultaría. A ver, fijese bien en esto. ¿Qué representa?

— Es un guillotinado, delante de la guillotina, en manos del verdugo. Está muy bien hecho. ¡Oh!, en cuanto a eso, el dibujante ha dado en el *quid*. Se ve que no se trata de un vulgar apache. Mi marqués de La Persiniere es un hombre de alta estirpe. ¡Qué actitud!.. ¡Qué arrogancia ante la muerte!..

— Es pura ficción, Claircoeur. No se emocione usted.

— Después, en primer término, continuó ella, ese miserable Larceveau que se pega un tiro de revólver y cae bañado en su sangre. ¿Eh?... Todo esto impresionará al público... Ese suicidio delante de la guillotina, y entre el grupo oficial... ¡Qué misterio!.. ¿Es un gran personaje? ¿Un magistrado?... ¿El mismo juez de instrucción?..

— Lea usted el *Petit Quotidien* a partir del 15 de diciembre y lo sabrá, Claircoeur.

— ¡Jesús!, ¡qué enervante es usted, Boisseuil! Entonces, ¿por qué me pregunta qué es lo que su cartel representa?

Se disputaban, como buenos amigos de confianza, como asociados con suerte, a quienes anima poco a poco la certeza de una nueva colaboración fructuosa y que se agradecen mutuamente. Pero refinados ambos, se manifestaban la cordialidad de su acuerdo por medio de esas chocarrerías que son, en lo moral, para las gentes sin cumplidos, los codazos que los campesinos se dan mutua y amigablemente en los costados.

Boisseuil era una especie de coloso, que llevaba una barba cuadrada, gris como sus cabellos recios. Al principio, administrador-gerente del *Petit Quotidien*, había hecho la fortuna de este periódico merced a sus cualidades de hombre de negocios y su conocimiento de la mentalidad del público. Hijo de obrero, se daba cuenta de lo que podía seducir, interesar al obrero. Su perfecto desdén de la literatura, el olfato con que reconocía el pasto intelectual que engolosinaba a la multitud hicieron derivar rápidamente los proyectos más elegantes, pero menos realizables del fundador. Este le abandonó la verdadera dirección de la empresa mucho antes de transmitírsela al sentirse morir.

Ahora, Boisseuil, cesando de chancearse, trataba de convencer a su colaboradora más preciosa.

¿No era indispensable que el texto del «lanzamiento» — aquel cebo ilustrado que iba a distribuirse por toda Francia a millones de ejemplares, en la mañana del domingo en que se publicase el primer número del folletín — (un domingo, día fatídico... para que los trabajadores tuviesen tiempo de leer) — no era indispensable que aquel texto terminase en una situación «palpitante», con una frase de misterio, que excitase locamente la curiosidad?

— Es absolutamente necesario, afirmaba el director, que eso termine en el momento en que su marqués de... no sé qué, su guillotinado, en fin... arroja hacia la multitud el cigarrillo que finge fumar y que contiene su secreto, y que va a ser recogido por la pequeña Josefina, apodada Flor de las Fortificaciones. ¿La ve usted que se cuele por entre los caballos de los gendarmes?... añadió señalando el cartel.

— ¡Pero si yo tengo intención de que termine ahí el primer folletín!, exclamó la autora. Me las arreglé expresamente.

— No, no, no podía usted arreglárselas, porque no podía usted saber la justificación, ni el puesto que ocuparían las figuras. Faltan sesenta líneas. ¡No hay más!

— Coja usted la continuación. ¡Pero no!, la continuación nos transporta a otra esfera muy distinta. Es el amor clandestino de la bella condesa Diana de Mortebisa, del cual había de nacer, justamente, Flor de Fortificaciones. ¡Ah, no!.., no hay medio de echar mano de ese capítulo.

— ¿Ve usted?

— No va a ser fácil alargar mi escena de la ejecución.

— ¡Bah, bah!.. Para usted no es difícil.

— En fin... Se lo mandaré mañana por la noche.

— ¡Mañana por la noche!.., brincó el director. Querrá usted decir esta noche, antes de las doce. Empiezan a tirar mañana por la mañana. No puedo perder ningún día.

— ¡Caracoles!, gimió Claircoeur; ¡valiente *lata*! ¡Yo que tengo convidados en casa!

— ¡Convidados!.. ¿Da usted un baile? ¡Y no me invita!

— ¡Hombre!, repuso ella, cesando de reír, con el corazón oprimido y con el aire de una niña que va a llorar; si es que tengo convidada mi familia a comer. ¡Iba a ser una fiesta íntima tan agradable!..

— Me hace usted gracia, con su familia, murmuró Boisseuil.

Pero a la mirada de queja e indignación que ella le lanzó, retuvo la mofa y se apresuró a decir:

— La muchacha, al menos, es muy graciosa. Sí, sí, es muy bonita, su ahijada... Y... ¿está usted contenta de ella?

— Esa criatura es toda mi felicidad, declaró la novelista, con tal tono que conmovió al viejo colmilludo.

Diez minutos más tarde, un taxi-auto dejaba a Gil de Claircoeur delante de una casa nueva del nuevo bulevar Raspail.

Entró en el portal, donde el estuco blanco reflejaba la luz eléctrica. La portería se dividía en dos departamentos separados por una vidriera baja de pequeños cristales Luis XVI, que velaban unas cortinillas de tul bordadas.

El corazón de la inquilina se ensanchó, a pesar de la tarea que la hacía regresar presurosamente a su casa. El placer era aún nuevo como la casa y el bulevar. Seis meses... Apenas hacía seis meses que vivía allí. Por su bello piso cuarto actual, Claircoeur había dejado el pisito interior de la calle de Rennes donde, durante veinte años, sentada a su mesa de trabajo, un incalculable número de horas, había escrito líneas y más líneas, ¡tantas líneas!.., adquiriendo poco a poco confianza, tranquilizándose sobre su porvenir, sobre el de su sobrina y ahijada, su pequeña Gilberta — la verdadera, la única Gilberta, pues ella se convertía poco a poco en el viejo Gil. Ya nadie se acordaba de que tenía un nombre de pila femenino.

Miedosa en presencia de la vida, no pudiendo creer en la duración de la suerte, de su imaginación viva y dócil, de los beneficios rápidos, tan hermosos, casi inverosímiles, Claircoeur fué largo tiempo la hormiga que atesora, ocultamente, bajo un oscuro traje de pobre. No por avaricia, sino por pusilanimidad y por influencia imperiosa de los recuerdos. Una infancia ansiosa, prematuramente cargada de cuidados e inquietudes, proyectaba una sombra temblorosa sobre sus años de mujer.

¡Veinte años! Veinte años tardó en familiarizarse con la fortuna. Cierta día, al llevar a una sociedad de crédito, para inscribirlo a su nombre, el paquete de billetes de a mil recogidos en la caja del *Petit Quotidien*, y que iba a juntarse con tantos otros, convertidos en valores de toda seguridad, mientras que, en el fiacre, apretaba entre sus dedos la preciosa cartera, su alma, súbitamente desligada, experimentó como una expansión, una explosión de orgullo y de alegría.

«¡Todo esto es mío... ganado por mí!..» pensaba. Y surgían cifras en su mente. Las admiraba y se admiraba en ellas. Se complacía en realzarlas con el deslumbramiento que, allá, en el pasado, aquella pequeña silueta de miseria y de soledad que representaba su juventud hubiese experimentado a la predicción de semejantes conquistas.

«Ahora verán... Serán ellos los que dependan de mí... Si gastan lujo, lo gastarán gracias a mí... Tendrán regalos porque yo se los haré... Tendrán cosas que no se atreverían a soñar. Y lo que dejaré... Tengo todavía... ¿Cuántos años puedo aún seguir produciendo? Puedo doblar lo que poseo. ¡Qué sorpresa para ellos!.. Seré alguien... una especie de providencia... Sin dejar, sin embargo, de ser la tía Gil. ¿Quién lo hubiera creído?.. Sí, pero es preciso que los chicos trabajen.»

Esas personas, contra las cuales la novelista maquinaba una especie de venganza bastante rara, un desquite de beneficios, eran las que la esperaban, en su bonita casa del bulevar Raspail, la noche en que volvía del *Petit Quotidien*, encargada de un trabajo urgente e imprevisto para el «lanzamiento» de su *Guillotinado*.

Ella se las representaba, las veía de antemano, mientras se elevaba en el ascensor. ¡El ascensor!.., voluptuosidad gloriosa, cuyo prestigio la enajenaba. Tocaba los botones eléctricos de la máquina con una alegría de muchacho. A través del enrejado de las portezuelas, veía, en los pisos, el rojo aterciopelado de la alfombra que contrastaba con el estuco blanco. Una alfombra de escalera... Otro signo suntuario de sus victorias sobre la vida, sobre la dura vida, ante la cual había temblado a la edad de las esperanzas.

A la puerta de su habitación, una hermosa puerta

*ripolinada* imitación de marfil, la novelista hizo sonar dos veces el timbre.

En el interior hubo una explosión de ruido, de pasos precipitados, de gritos juveniles. Antes de que la camarera, su camarera, Celina, hubiese tenido tiempo de llegar, se abrió la puerta... Y dos rostros traviesos, los de un muchacho y de una niña, le hicieron una acogida que no pudo menos de alegrarla a primera vista.

— ¡Tía Gil!.., ¡tía Gil!.., ¡tía Gil!.., ¡cómo has tardado!.. ¡Nos consumíamos de impaciencia! Guillermina dice que las ostras se habrán aventado.

— ¡Cómo! ¿Ya las han abierto?.. Además, ¡está bien!.. ¡Si me esperabais con impaciencia era por las ostras!..

— ¡Oh, no! ¿Es posible que digas eso?..

Fogosos besos repararon la pifia. Claircoeur, a causa de su sombrero y de su hermoso abrigo resistía, pero débilmente, deshaciéndose pronto en ternura. El gran Bernardo la rodeaba con sus brazos excesivamente largos de adolescente y le pegaba en las mejillas su boca ya sombreada por un bozo viril. La pequeña Natalia se ponía de puntillas, tendiendo una carita monísima y un pico rizado de besos, en tanto que, de su cabeza echada hacia atrás, caía sobre su delicado cuerpo de ocho años una rizada cascada de cabellos rubios.

Claircoeur, levantando los ojos, vió reflejada en un espejo aquella escena de mimo. Y el marco también: su galería de matices blancos y oro, en que se alzaban varios armarios supuestos normandos, que también había hecho ripolinar imitando el marfil, lo mismo que un monumental paraguero erizado de páteras doradas. La electricidad chorreaba sobre todas aquellas blancuras, únicamente interrumpidas por dos pórticos, de colores de limón y frambuesa, comprados como seda vieja de China a un judío ambulante:

«— Sobre todo, no diga usted nada, señora, pues procede del saqueo de Pekín. El colonial que me los cedió los había descolgado en el Palacio de verano, en el gabinete de la Emperatriz...»

«¡Qué *chic* es mi casa!», pensaba la novelista. «¡Y qué bien se está en ella cuando encuentro aquí a esta preciosa familia de que me he rodeado! ¡Qué fastidio el esfuerzo que tengo que hacer! En fin, les invitaré una vez más y será todo beneficio.»

Abrióse una puerta y dibujóse en el hueco una silueta de hombre, estrecha y alta.

— Vamos a ver muchachos... Es una ridiculez. Estamos esperando a vuestra tía. Dejadla respirar ¡qué diablo! y darnos también las buenas noches a nosotros.

— Mi pobre Teo, suspiró Claircoeur, nuestra velada será menos alegre de lo que yo pensaba. Tengo un trabajo que hacer.

— Si te estorbamos, murmuró Teófilo Andraux.

— No me estorbáis. Pero no podré estar con vosotros como yo quisiera. Voy a explicaros eso delante de Luisa.

Ella penetró en el salón, mientras que él le abría la puerta ceremoniosamente, con aire de súbita frialdad, impregnada de censura.

Teófilo Andraux era el que, veinte años antes, siendo buen mozo, empleado fahendón, hablando de su «ministro» (él, simple escribiente) como si le tutease, y seguro de que, merced a sus «cualidades excepcionales», haría carrera, había seducido a la hermana de Gilberta Claireux. La futura novelista profirió juramento de venganza sobre el cuerpo de la hermana muerta de angustia, de decepción y de horror, y adoptó a la huerfanita abandonada por su padre. Su odio indignado se extendió a todo el sexo masculino. «Los hombres!.. Todos le parecieron, o repugnantes, como el marido cuyo contacto nunca había podido soportar, o encantadores y cobardes, como ese Teófilo por quien comprendía que su hermana hubiese perdido el juicio.

¡Ah! Teófilo Andraux era un miserable — pero un miserable a propósito para la perdición de los corazones de costurerillas. Bigotes negros y sedosos, ojos de caricia... (¿Quién iba a notar, cuanto él tenía ya veinticinco años, que aquellos ojos irresistibles, apenas separados por una nariz afilada, se hallaban aproximados uno de otro, circunstancia que les daba una expresión estúpida?) ¡Qué cuerpo tan elegante! ¡Qué corbatas! ¡Qué cuellos de camisa, como de porcelana, cuya inverosímil altura soportaba su cuello largo y flaco!

Aquellas ventajas, y la vaga aureola de un porvenir magnífico, le permitieron casarse con una joven «muy decente». Luisa Guichard, educada como una señorita, tocaba el piano y enseñaba, en el salón de sus padres (que vivían en un primer piso de cuatro habitaciones, en Grenelle) su título de institutriz, en un cuadro con marco de hojas de encina. Había sido

muy mimada. Una vez casada con Andraux, parecióle que su dote de veinte mil francos la autorizaba a tomar una criada, a no hacer más que visitas, y a tener un día de recepción «como todas las señoras».

El matrimonio tuvo en seguida un hijo, Bernardo, y hasta nueve años después no vino al mundo Natalia.

Entonces, Teófilo no era todavía más que escribiente del ministerio. Sus aires de elegancia, sus esperanzas de rápido ascenso, las miradas con que enganchaba a su paso las admiraciones femeninas, todo aquello encanecía y se apagaba, como sus cabellos y sus pupilas, más juntas que nunca. A su bigote antiguamente conquistador, añadía una perilla cuadrada a continuación de sus largas mejillas afeitadas. Llamó a esto «darse una fisonomía». Su fatuidad de joven se transformaba en pretensión. ¿Qué cuestión no hubiera él zanjado? Según decía, no se hacía nada en el ministerio sin que le consultaran — directamente sus compañeros, o indirectamente sus superiores.

Una cosa que no previó, es que su suegro, único sobreviviente de los parientes de su esposa, no les dejaría un céntimo de las buenas rentas que se gastaba agradablemente. Teófilo y Luisa de tal manera contaban con ello, que habían contraído deudas. Cuando el viejo murió, descubrióse que ningún vínculo de sangre lo unía a la que se creía hija suya, y que toda su fortuna iba a parar a compañías de rentas vitalicias.

El golpe fué rudo.

Pero hemos de creer, con la opinión general, que la naturaleza humana mejora en las pruebas o vicisitudes, puesto que, en aquel momento preciso, Teófilo empezó a sentir algunos remordimientos respecto a su víctima amorosa y a la niña nacida de una aventura que él consideraba como normal para un hombre de su mérito, y más halagüeña que lamentable — entendámonos: halagüeña para la que había muerto de resultas de ella.

¡Coincidencia singular! Teófilo empezó a ocuparse en la niña cuando el nombre de Gil de Claircoeur, a fuerza de figurar en carteles sorprendentes, entre chorros de sangre o resplandores de incendio, cuando no flotaba contra las fosforescencias de un espectro, había acabado por adquirir una significación notoria. La mujer que se había hecho cargo de la pequeña Gilberta llegaba a la primera fila de los productores de novelas populares. La profesión requiere un trabajo inmenso, pero produce, en caso de éxito, respetables rendimientos.

Cuando Gil de Claircoeur, en su pisito de la calle de Rennes, donde vivía solitaria, habiendo puesto a su ahijada en un colegio, recibió una carta de Teófilo Andraux, sintió desencadenarse en ella uno de esos huracanes sentimentales con que agitaba fácilmente las almas de sus personajes. Sus antiguas cóleras, dormidas desde hacía tiempo, despertaron mal, a pesar del esfuerzo que ella hizo por hacerlas revivir. Pero la sorpresa, la curiosidad, el deseco dramático, y, en medio de todo eso, un miedo loco de que le quitaran a su Gilberta, hicieron de pronto su vida tan apasionadamente interesante como cualquiera de sus mejores folletines.

Consintió en ver al antiguo amigo de su juventud, al seductor «asesino» de su hermana.

Y he aquí que el bello monstruo, el ser fatal, que había permanecido terriblemente grandioso en su memoria, se le apareció bajo la forma de un largo señor cuádragenario, de bigote, no ya rizado en puntas, sino caído, duro y canoso, sobre una ridícula perilla cuadrada. Un mediocre funcionario, curtido en el polvo de su oficina. Dogmático, formalista, lleno de argumentos y de sentencias, más satisfecho de sí mismo que no lo fué jamás el genio saturado de dudas.

La pobre Claircoeur no le había escuchado durante veinte minutos sin preguntarse si su hermana no había desconocido y quizás ofendido las delicadezas de semejante alma. Teófilo se hubiera casado seguramente con la que le hacía padre, a pesar de la ligereza que había mostrado en sus brazos, si la aturdida joven no hubiese cometido la otra inconsecuencia de dejarse morir. Y por haber llorado demasiado a la madre, se había encontrado en la imposibilidad de ocuparse en la hija. Más tarde, había tenido otros deberes. ¡Y sabía que la niña estaba en tan buenas manos!..

La novelista hubiera necesitado al menos dos días para desenredarse de una madeja sabiamente embrollada de hijos sentimentales, filosóficos, vibrantes en falso y empegados de lágrimas cerosas. Pero antes de cuarenta y ocho horas, Teófilo había vuelto conduciendo de la mano argumentos que debían quitar a ella toda facultad de reflexión y de razonamiento.

(Se continuará.)

## MADRID. - EL GENERAL LIAUTEY Y LOS CONSEJEROS MUNICIPALES DE PARÍS. (Fotografías de Vidal.)

Con motivo de la visita hecha a nuestro país por el presidente de la República Francesa, han ido tam-



El general Liautey, residente francés en Marruecos

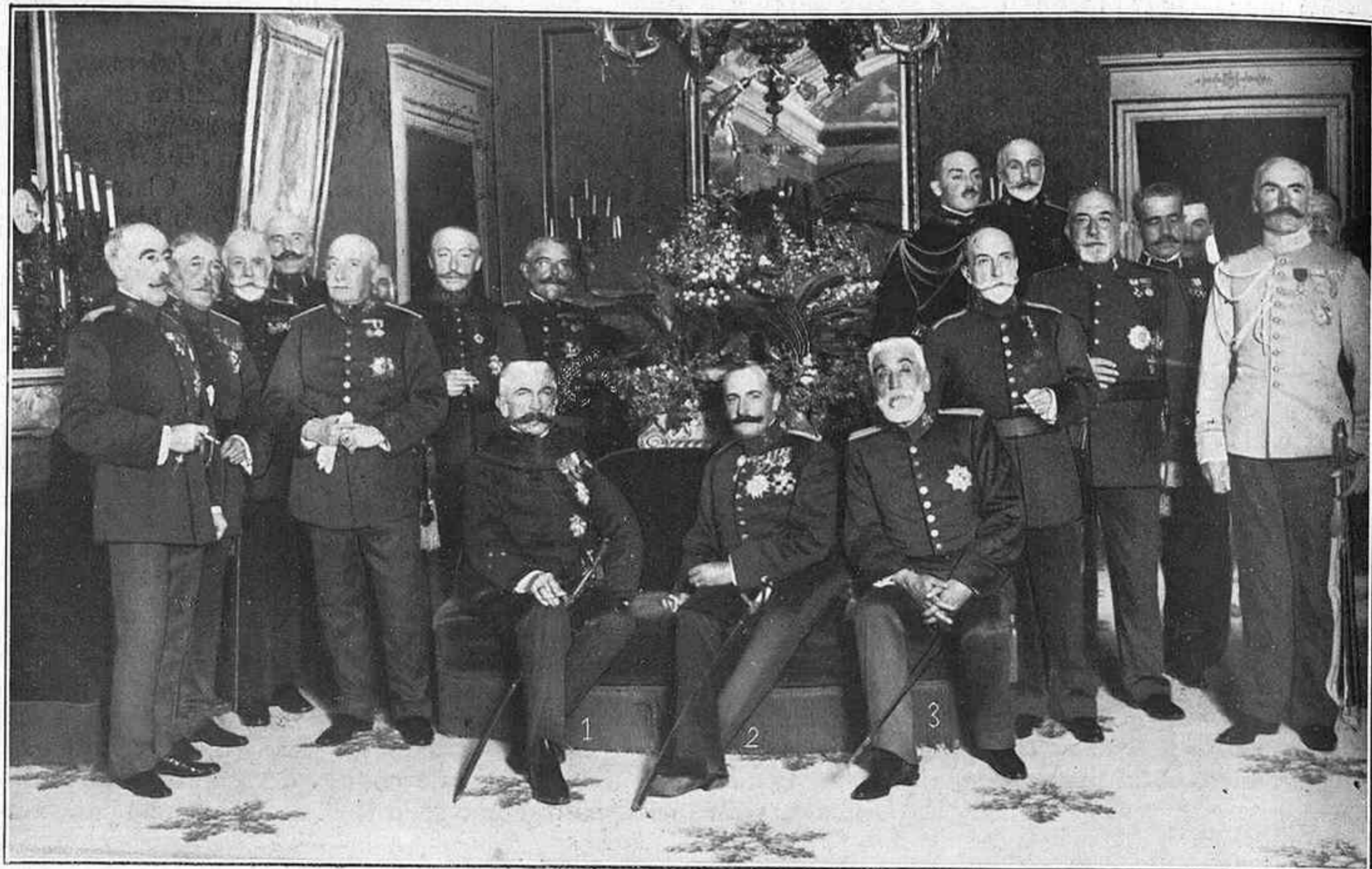
bién a la corte el residente general de Francia en Marruecos general Liautey y una comisión de consejeros municipales parisienses. A esperar al primero fueron a la estación el embajador de Francia, el cónsul de Francia en Madrid, el agregado militar de la embajada teniente coronel Tillión, el ministro y el subsecretario de la Guerra, el ministro de Instrucción Pública, el coronel Echagüe y el capitán de Estado Mayor D. Ernesto Luque, puestos estos dos últimos a las órdenes del general francés.

Por la tarde, el general fué recibido por S. M., con quien celebró una larga conferencia, a la que se concede gran importancia. En ella, según parece, el general Liautey se refirió a la labor que Francia ha tenido que realizar en su zona de influencia en Marruecos, a los procedimientos que, en cumplimiento de su misión y en defensa de sus intereses, ha puesto allí en práctica, y a los obstáculos que ha tenido que vencer. S. M. confirió al general la gran cruz del Mérito Militar.

Al día siguiente, el ministro de la Guerra obsequió con un banquete al general Liautey, quien fué reci-

al general Liautey, al general Orozco, al comandante general de Artillería de la región, general Garrido y al coronel Echagüe; y a su izquierda, al capitán general de la región, general Bazán, al coronel Tillión, agregado militar a la embajada de Francia, al jefe de Estado Mayor en el ministerio de la Guerra

La comisión de consejeros parisienses, que presidían el alcalde de París Sr. Chassaing Goyón y el presidente del Consejo general del Sena Sr. Quentin, fué recibida a su llegada a la corte por el ministro de Instrucción Pública, el alcalde Sr. Vincenti con una numerosa comisión de concejales, los presi-



El general Liautey (1), el infante D. Carlos (2) y el ministro de la Guerra Sr. Luque (3) en uno de los salones del ministerio de la Guerra, después del banquete con que el ministro obsequió al general francés

general Centaño y al teniente coronel marqués de la Mesa de Asta, ayudante de S. A. A la derecha del ministro sentáronse el presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina general Linares, el gobernador militar de Madrid general Contreras, el general Tovar, jefe de la primera división de infantería, y el coronel Las Heras, ayudante del ministro; y a su izquierda, el coronel Pellé, jefe de Estado Mayor del general Liautey; el general Marvá, comandante general de ingenieros de la región; el capitán Benedic, ayudante de campo del general Liautey, y el ayudante del ministro, capitán Levenfeld. Las cabece-

des de la Diputación provincial, de la Cámara de Comercio y del Consejo exterior de Comercio de Madrid, el embajador de Francia con todo el personal de la embajada y otras muchas personalidades.

Entre los festejos dispuestos en su honor por el Ayuntamiento de Madrid, han sobresalido la recepción y el almuerzo celebrados en la Casa de la Villa. En la primera, cambiáronse afectuosos discursos los Sres. Vincenti, Chassaing Goyón y Quentin, al final de los cuales diéronse calurosos vivas a Madrid y a París, y el alcalde hizo entrega de la medalla de concejal del Ayuntamiento a todos los consejeros parisienses, correspondiendo a la misma atención que el Consejo municipal de París tuvo con los ediles madrileños que hace poco visitaron aquella capital. El almuerzo se celebró en el magnífico hall de cristales, que estaba decorado espléndidamente; fué presidido por el alcalde y concurrieron a él 131 comensales. A la hora de los brindis hablaron en tér-



El alcalde de París Sr. Chassaing Goyon (1) y el alcalde de Madrid Sr. Vincenti al salir de la estación, después de la llegada de la comisión del Ayuntamiento de París.

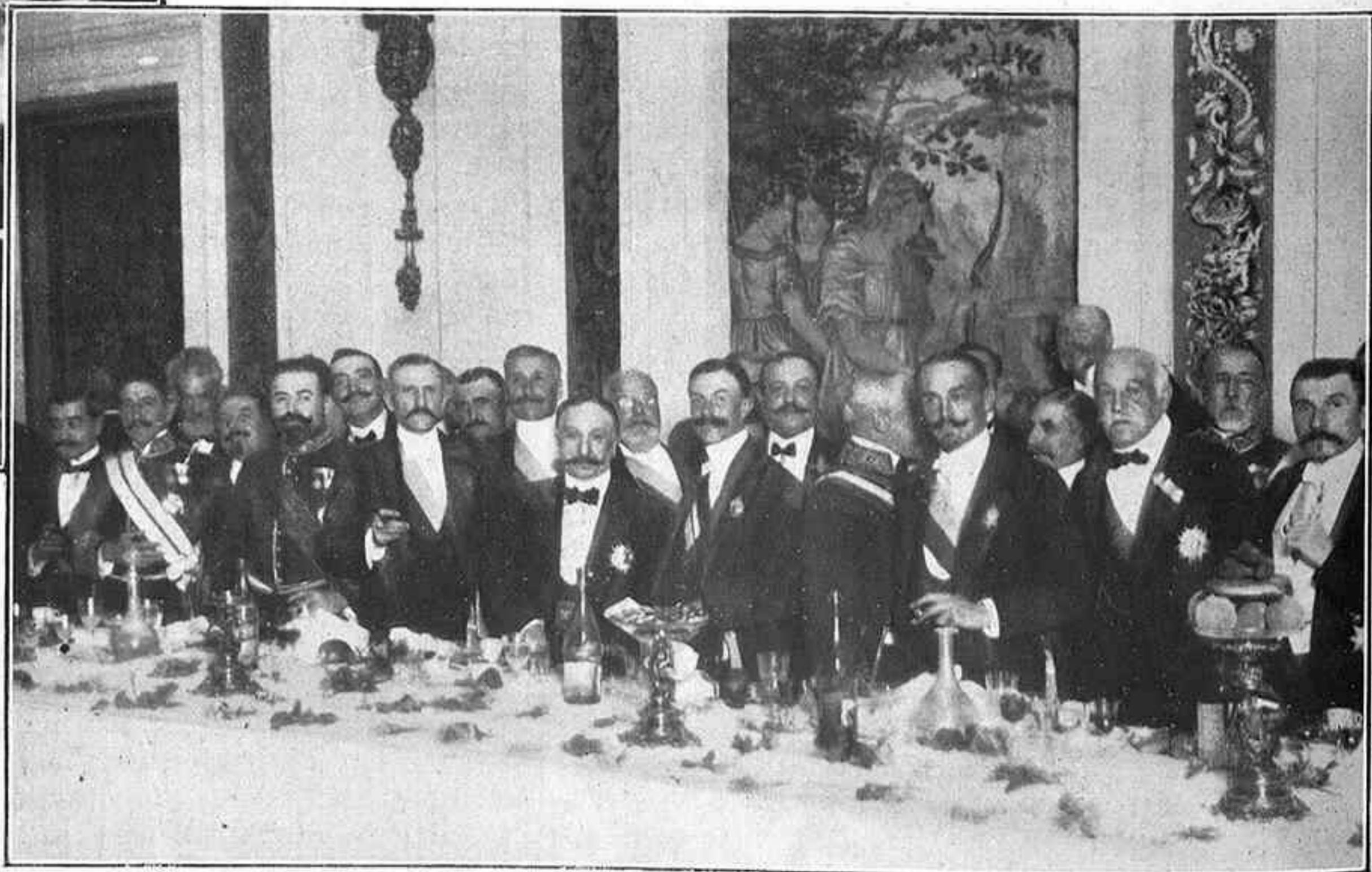
vido a la entrada de los salones del ministerio por el general Luque y el subsecretario Sr. Orozco.

La mesa se hallaba adornada con profusión de flores y preciosos centros de plata y a ella se sentaron, ocupando las presidencias, S. A. el infante don Carlos y el ministro. El primero tenía a su derecha

ras de la mesa estaban ocupadas por el coronel Reixá, jefe del Gabinete particular del ministro, y por el capitán Sr. Luque.

En honor también del general Liautey y del ministro de Negocios Extranjeros francés Sr. Pichón dió un banquete en su hotel el presidente del Consejo de Ministros Sr. conde de Romanones.

minos elocuentes y patrióticos el alcalde de Madrid, el alcalde de París y el ministro de Instrucción Pública Sr. Ruiz Jiménez, este último en nombre del gobierno de S. M.



Banquete dado por el Ayuntamiento de Madrid en honor de los consejeros municipales parisienses

**La Sal Natural de Sprudel**  
de  
**Carlsbad**  
es la única legítima Sal de

ALBACETE. - LOS JUEGOS FLORALES. (De fotografía de Julián Collado.)



El eminente literato y popular dramaturgo D. Jacinto Benavente, mantenedor. - El poeta murciano D. Enrique Soriano Palomo, premiado con la Flor Natural. - La señorita Pepita Legorburu, reina de la fiesta, y su corte de amor

En el Teatro Circo de Albacete se han celebrado recientemente con gran brillantez los Juegos Florales organizados por el Ateneo. En ellos resultó premiado con la flor natural el poeta murciano D. Enrique Soriano Palomo, quien eligió reina de la fiesta a la bella y distinguida señorita Pepita Legorburu, hija del alcalde de Albacete.

La reina pasó a ocupar la presidencia acompañada de su corte de amor, que formaban las bellas y elegantes señoritas Pilar Noguera, Mariana Encina, Rosario Fontecha, María Medina, Matilde Pérez, Josefa Cabot y Pilar Ciller.

Después de leída la poesía premiada con la flor natural, el presidente del Ateneo D. Abelardo Sánchez García hizo en elocuentes frases la presentación del mantenedor, el eminente literato y popular dramaturgo D. Jacinto Benavente, el cual leyó un discurso hermosísimo y altamente patriótico que fué aplaudido con gran entusiasmo.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES O EDITORES

GUÍA DE NERVIOSOS Y ESCRUPULOSOS, por el R. P. Fray V. Raymond, O. P., traducción de Emilio Sanz. - Quince ediciones francesas y otras tantas alemanas se han hecho de esta obra en menos de siete años y este es su mejor elogio. Se trata de un trabajo magistral, sutilmente psicológico y fundamentalmente religioso que constituye un vademécum insustituible

para las personas nerviosas y para aquellas a quienes prueba el Señor con sus escrúpulos, así como para los confesores y directores de conciencia en general. El libro, que lleva un prólogo del doctor Masquin y cartas de los doctores Bonnamé y Dubois, ha sido editado en Barcelona por Gustavo Gili y forma un tomo de 408 páginas, que se vende a 4 pesetas en rústica y a 5 en tela inglesa.

LAS CARRERAS EN ESPAÑA. INDICACIONES CONVENIENTES PARA SU ACERTADA ELECCIÓN. AÑO II. 1913, por Juan

Herreros y Buitraguño. - Es este libro un guía utilísimo que permite a los padres elegir concienzudamente la carrera o profesión más adecuada a las condiciones de sus hijos, pues contiene, sucintamente expuestos, todos los datos referentes a lo que cada carrera significa y a los requisitos que para estudiarla se necesitan, citando, cuando son pertinentes, las disposiciones legales aplicables a la misma. Para comprender lo completo de esta obra, bastará decir que comprende 174 carreras o profesiones. Un tomo de 210 páginas, impreso en Madrid en la imprenta alemana; precio, 1'50 pesetas.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero HIERRO QUEVENNE

Cura más rápida por el hierro que venne. - El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

**DENTIFRICOS HIGEA**  
ELIXIR  
POLVOS  
CREMA

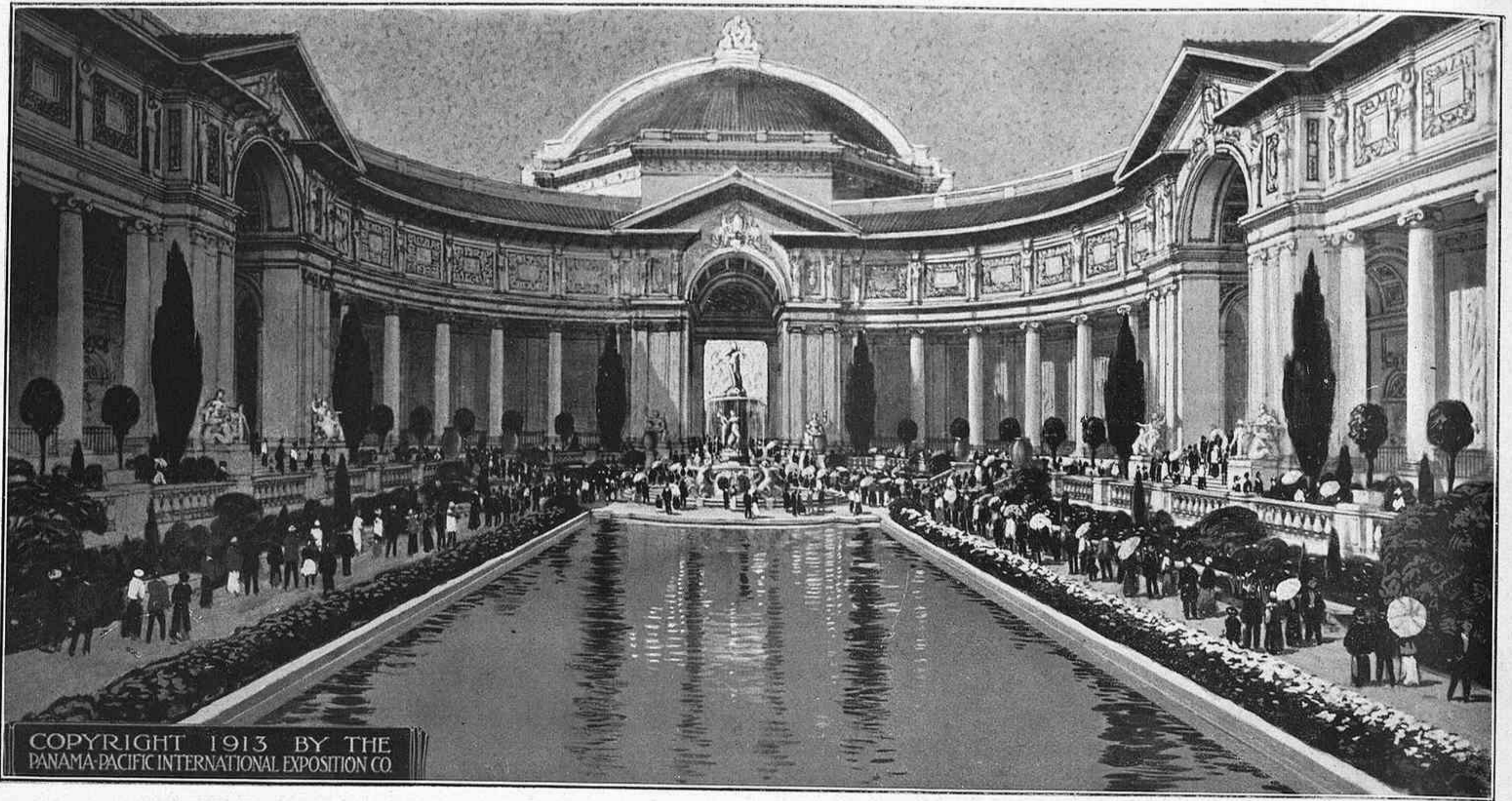
AVISO A LAS SEÑORAS  
**EL ANIOL DE LOS REYES**  
JORET HONOLLE  
CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS  
F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**INNSBRUCK, TIROL**  
ESTACIÓN DE VERANO Y DE INVIERNO  
HOTEL TYROL, DE PRIMERA CLASE  
FOLLETO ILUSTRADO CARLOS LANDSEE

**ZEISS GEMELOS**  
PARA VIAJE,  
DEPORTE Y CAZA  
PIDASE EL PROSPECTO «T. 224»  
De venta en todos los Establecimientos de Optica, y por  
**CARL ZEISS, Jena, ALEMANIA**  
Berlín - Hamburgo - Milán - Londres  
París - San Petersburgo - Viena - Tokio

**PATE ÉPILATOIRE DUSSER** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PANAMÁ Y EL PACÍFICO. SAN FRANCISCO, 1915



COPYRIGHT 1913 BY THE PANAMA-PACIFIC INTERNATIONAL EXPOSITION CO.

Patio del Sudoeste o Patio de las Palmas, desde el cual el visitante, atravesando el portal arqueado que se ve en el centro, pasará al gran Patio del Oeste, o sea al Patio de las Cuatro Estaciones, que simbolizará la marcha del anglo-sajón hacia el Oeste (De fotografía de la «Panama-Pacific International Exposition Co.») (Véase el artículo de las páginas 667 y 668.)

**FUMISTERIA CAÑAMERAS**  
Fundada en 1850

**COCINAS MODERNAS**  
GRAN VARIEDAD DE MODELOS

TERMO-SIFONES PARA BAÑOS  
ASADORES AUTOMÁTICOS  
TOSTADORES, CALORÍFEROS Y  
CALEFACCIÓN POR AGUA Y VAPOR  
PRENSAS, BANCOS,  
MESAS Y SILLAS

Fábrica despacho: SICILIA, 141 y 143  
Teléfono 1940  
Depósito: HOSPITAL, 87. Teléfono, 2120  
**BARCELONA**

Sucursal: ESPOZ Y MINA, 15. - MADRID  
Teléfono, 3317

Catálogos, proyectos y presupuestos gratis

**Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano**

Edición profusamente ilustrada con miles de pequeños grabados intercalados en el texto y tirados aparte, que representan las diferentes especies de los reinos animal, vegetal y mineral; los instrumentos y aparatos aplicados recientemente á las ciencias, agricultura, artes é industrias; retratos de los personajes que más se han distinguido en todos los ramos del saber humano; planos de ciudades; mapas geográficos coloridos; copias exactas de los cuadros y demás obras de arte más célebres de todas las épocas.  
Montaner y Simón, editores. - Calle de Aragón, núm. 253. Barcelona

PÍDASE PROSPECTO J.A.

**LEITZ**

GEMELOS PRISMÁTICOS  
PARA  
EJÉRCITO Y MARINA  
VIAJE Y SPORT  
TEATRO Y CAZA

SE VENDEN EN TODOS LOS  
ESTABLECIMIENTOS DE ÓPTICA DE IMPORTANCIA O DIRECTAMENTE POR  
**E. LEITZ, WETZLAR (ALEMANIA)**

Data de 1849 Paris

**PUREZA DEL CUTIS**  
- LAIT ANTÉPHELIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa  
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOCES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.

Béne y conserva el cutis limpio y terso

Gasa CANDÈS - St-Denis, 46

PARA CURAR SIN MOLESTIA  
CALLOS Y DUREZAS  
CALICIDA  
ESCRIVA

ES EL  
UNICO REMEDIO DE ÉXITO SEGURO

**PLAZA · D · LA · UNIVERSIDAD · 5 · MOSAICOS BARCELONA**  
**ORSOLA · SOLZA · Y · C**